

ULTIMO REINO



-REVISTA DE POESIA-



AÑO III - Nº 7 - OCTUBRE / DICIEMBRE 1981 - BUENOS AIRES

ULTIMO REINO es una publicación trimestral. Año III, N° 7, octubre - diciembre de 1981. Registro de propiedad intelectual N° 93995 Segunda serie. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Suscripción y correspondencia a Metán 3692, 2° 4, 1240 - Bs. As., Argentina (tel. 92-0977). Los artículos firmados reflejan la opinión de sus autores, y no necesariamente la de la Dirección de esta publicación. Se autoriza la reproducción de textos e ilustraciones citando el nombre de la revista y el autor del artículo, y enviándose tres ejemplares de la publicación correspondiente a la redacción de ULTIMO REINO.

Directores

Gustavo M. Margulies
Víctor F. A. Redondo

Consejo de Redacción

Jorge Zunino
Mario Morales
Horacio Zabaljauregui
María Julia de Ruschi
Susana Villalba
Mónica Tracey
María del Rosario Sola

Colaboradores

Eduardo Alvarez Tuñón
Luis Benítez
Mónica Giráldez
Héctor Infantino
Guillermo Roig
Roberto Scrugli

Ilustraciones

Pablo E. Schugurensky

Se terminó de imprimir el 28 de setiembre de 1981 en los Talleres de SU IMPRES Tucumán 1490, Bs. As.

Realizamos intercambios con revistas similares de todo el mundo.

Próximo número: abril 1982.

Hay un timbre humano, un latido vital y sincero, al cual debe propender el artista, a través de no importa qué disciplinas, teorías o procesos creadores. Dése esa emoción, seca, natural, pura, es decir, prepotente y eterna, y no importan los menesteres de estilo, manera, procedimientos, etc.

César Vallejo

INDICE

V. Redondo / H. Zabaljauregui José Carlos Becerra: Un descubrimiento reservado a la pasión	2
Eduardo Alvarez Tuñón Alfe y Poema	5
Guillermo Roig Poema	7
Jorge Zunino La Torre del Crepúsculo	9
Héctor Infantino Atracción por el abismo	13
José Lezama Lima Fragmentos	17

Separata central:
Preparativos para pasar la noche en un espejo
antología de *José Carlos Becerra*

La Puerta
(poemas de Martín Lopetegui, Carlos Piccioni, Claudia Schneider, Ricardo Cárpena, Liliana S. Doyle, Luis Alberto Ruiz, Paulina Vinderman, Ricardo H. Herrera, Horacio Castillo, Raúl Vera Ocampo, Tamara Szychowski, Roberto Aguirre Molina, María C. Garay, Roberto Juarroz, Carmen Bruna, Celia Gourinski, Roberto Siciliano, Carlos Vladimirsky, Horacio F. Herrera, Beatriz Alvarez, María Luz Maggi, Antonio Aliberti, Rubén Vela, Luis F. Houlin, Carlos Velazco, Rogelio Bazán, Sylvia Cagliolo, Rubén Santillán y Julio Bepré. Libros y revistas recibidos. **Prólogo a Ferdydurke**, de *Witold Gombrowicz*) 19

Con este número se adjunta el tercer título de la colección "El sonido y la furia": **A pesar de los dioses**, de *Mónica Tracey*.

PRECIO DE VENTA: \$ 12.000



JOSE CARLOS BECERRA:
UN DESCUBRIMIENTO RESERVADO A LA PASION

La lectura de poemas como "Oscura palabra" y, sobre todo, "La Venta", había dejado en nosotros, hace ya casi cuatro años, un indicio, un lugar de posibles revelaciones. Cuando bastante tiempo después llegó a nuestras manos El otoño recorre las islas (Obra Poética 1961/1970. Méjico: Editorial Era, 1973) recopilada por los poetas José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid, ya el círculo se había cerrado y el encuentro y correspondencia con Becerra había unificado sus señales.

Por eso lo que intentamos escribir no es más que un reflejo de lo que de nosotros mismos fuimos encontrando en Becerra (Uno leerá aquella poesía con la que realmente pueda establecer contacto: así, a medida que uno crece y vive tendrá menor o mayor acceso al mundo de los poetas: uno leerá la poesía que merece. Eliot.) Por eso lo que buscamos es reproducir las huellas que nos llevaron a él, el camino que seguimos para encontrarnos con él en el mismo punto. Punto de llegada y punto de partida.

El objetivo de la antología que preparamos es el de mostrar el núcleo central de sus obsesiones, de su manejo del lenguaje unido a la necesidad imperiosa de convertir a la palabra en un medio de conocimiento, pero buscando y hallando siempre lo que Barthes llamó el rasgo suntuoso del significante.

La lectura de Becerra debe ser tan obsesiva como su poesía. Como obra de la pasión que es, no permite ser leída sin un grado de pasión y exaltación espiritual por lo menos similar al del momento en que fue concebida. Becerra nos reclama como lectores, como espectadores necesarios: *¿quién las estará escuchando? ¿quién las dirá de nuevo?* Rasgo de la modernidad, la reflexión constante sobre su propio lenguaje, la necesidad de ir delineando su propia poética dentro del poema. Pero (y quizá sea ya una nueva vuelta de tuerca en "la poesía dentro de la poesía") esa reflexión está ya incorporada a su visión del mundo, vuelve "real", al escribirla, esa otra realidad, hecha de fantasmas, máscaras y entrevisiones.

Es característico en Becerra el verso largo, necesario soporte para su fraseo obsesivo, su meticuloso reflexionar. Un ritmo monocorde en el que los núcleos centrales se van entrelazando, van asediando la idea.

Paz ve en esta forma versicular una limitación: "El versículo claudeliano era demasiado amplio y pesado para lo que quería decir Becerra: su experiencia de joven en la gran ciudad. Tal vez debería haber escogido un verso más corto y nervioso, menos discursivo. Un verso que, como los trozos de la culebra, hubiese podido saltar, unirse a otros fragmentos y volver a separarse. Una composición poética hecha de la superposición y el enfrentamiento de imágenes y frases. Coexistencia de realidades y visiones contrarias en un fragmento de tiempo y en el breve espacio de una página." No: su voz, su discurso, amplios, implacables y suntuosos, necesitan ese tono, lo exigen. Es extraño que Paz, con su lucidez, y rescatando poemas de la importancia de "El Halcón Maltés" y "Batman", entre otros, reduzca la poesía de Becerra a ser, simplemente, "la contaminación de la realidad tradicional por la mitología de la era industrial, de los comics a las hecatombes que anuncian los titulares de los periódicos". Pensamos que de lo que nos está hablando Becerra es de algo que trasciende el tema de un joven en la gran ciudad: ¿no hay acaso otra apuesta en Becerra?

—las bastardillas son de Becerra—

Hay un teatro de sombras; un telón de fondo es el lugar de la puesta en escena de una aparición-desaparición : *¿De quién son ahora estas palabras? ¿Qué movimientos realizan en la conclusión de mis actos? ¿Qué apariciones y qué ausencias las hacen posibles? ¿Quién las está escuchando? ¿Quién las dirá de nuevo?* Hay una voz que va tejiendo un largo monólogo, entre aparición y ausencia, al fin del cual el 'hypocrite lecteur' entrará en escena para recrear, para decir de nuevo. Primera delimitación: en la conclusión del acto aparecen las palabras y su movimiento hacia el silencio final, hacia otra voz, cierto personaje, el lector.

Hay un reflector encendido: *ahora cuando tus sistemas de flotación se han reducido a tus retratos, a las vías por donde vas desapareciendo de tí mismo, borrándote de aquello que querías*, sobre ese personaje, inmovilizado en la ausencia de rostro, que dispara su pistola contra la figura que emerge del espejo. Tanto él como "El pequeño César", o "Batman", son *el cuerpo ficticio de la sombra de un fantasma* (Lezama); máscaras que necesitan del curso de las palabras para aparecer: *Cuando sólo derivas hacia el lugar donde el vacío se hace visible... sin el curso del cuerpo, el deseo realiza los preparativos para pasar la noche en un espejo, en cuyas aguas arriba el vacío tendrá en su poder a la creación.*

Y en ese lugar de invocación, los personajes enmascarados surgen del *sombrero de copa de ilusionista; ese jabón perfumado por la literatura con el cual nos lavamos las partes irreales del cuerpo, o sea el radio de acción de lo que llamamos el alma, las vísceras sin clave precisa, los actos sin clave precisa, la danza de los siete velos velada por la transparencia del dilema; y por la noche, antes de acostarse, la dentadura postiza en el vaso de agua, la herida postiza en el vaso de agua, el deseo postizo en el vaso de agua.*

Y siempre la máscara, el velo, el deseo postizo, la transparencia del dilema. Es en este teatro de sombras donde *el traspie de un borracho en la calle silenciosa y oscura parte en dos la memoria del escriba... Oscurecen las cosas nombradas y allí mismo la frase rompe sus lazos con lo que solamente basta al lenguaje.* El poeta y su palabra partidos, máscara y rostro, invocando ausencias, *partiendo en dos lo que estaba partido, lo que no podía tocarse porque habíamos olvidado su nombre, su devoción a sí mismo.* En la frase se alternan brevemente el recuerdo y el acto, y la palabra dividida se refleja en sí misma, y lo que designa es ese lugar: el de la interrupción donde tal vez se encuentren los amantes en su esfuerzo por alcanzarse.

“Preocupado, como los vihuelistas el siglo XVI porque el sonido de la tecla no volviese a su anterior, había que secuestrar del verso sus deseos de reingresar en el acto que lo exhaló. De tal manera que el verso no fuese la progresión vaporosa de aquel centro de irradiación, sino que por el contrario, agitado por una lenta corriente de impulsiones, perdiese su nostalgia y adquiriese un incesante apetito de penetrar en la sustancia de la unanimidad y en un éxtasis de participación de lo homogéneo.” (Lezama).

Recomenzar siempre el mismo discurso, el movimiento que vuelve a comenzar, *la inmovilidad, que es además la única explicación del movimiento, el único molde del movimiento... a una distancia infinita del ruido donde esos dados repiten la jugada, asociando otra vez los hundimientos del sueño con la suma donde los dados crían ese vacío adherido a lo que va apareciendo.* Una cuenta total en formación.

Entonces aquello que estaba partido en dos se vuelve uno, y el amanecer llega y todo no fue más que *un monólogo, alrededor de una silla donde está un simulacro en forma de traje doblado, y habrá que esperar la señal. El movimiento desde adentro del deseo y el movimiento desde afuera de la palabra. La palabra que amanece al día siguiente flotando en los estanques.* La palabra desconocida, presentida, con sus puentes rotos, ese Uróboro de pura ausencia.

Esa profusión de máscaras, de reflectores; *ese rostro amaestrado por el esfuerzo de parecerse a alguien que acaso fuiste tú mismo.* El poema que reflexiona sobre sí mismo, esa ya vieja máscara de la modernidad, ese pasar a primer plano las bambalinas, los hilos que manejan el poema y que con un pase de prestidigitación llegan a ser el poema, un lento soliloquio, un ritmo de circulación inmóvil. Una señal que aguarda aquel personaje lector.

EDUARDO ALVAREZ TUÑÓN

ALFE

a Patmo

¿Por qué dura un día el cambio de las estaciones?
¿Por qué la nieve no conserva las calles que hasta aquí
me han traído?
He de volver al llanto, el que hunde por las noches
el barco de los ojos.
La desesperación ha entrado con su quietud de puertos.
Temo que las hojas caídas oculten nuevos muertos
y vuelva a recordar.
Tarde he llegado a amarte y tengo miedo.
Tarde como la muerte al cuerpo de los viejos,
la que avisa de pronto, cuando a la puerta amada
ven hacerse bastón por un viento olvidado.
Llegaste aquí. Te ocurrió lo que al fruto.
¿Quién me distrajo cuando el azul formaste?
Como los cementerios y las casas hemos sido condenados
a recordar lo jamás vivido.
Igual que a ellos nos es lejana la pequeña vida
del otro a quien miramos en las lluvias.
Lamento no haber amado en el verano que transforma cadáveres,
no haber quebrado ramas esa noche,
ni encender la fogata que disfraza a los hombres
trayéndoles inviernos que nunca vivirán.
¿Por qué dura un día el cambio de las estaciones?
Ahora lo descubro: el tiempo es la vejez de un aroma sentido
en una calle.
Los celos son las estaciones de la muerte;
la memoria: el árbol que perfuma su tarde inexistente.
Los borrachos lo dicen como un rezo.
Mira: el recuerdo hace que los moribundos de pronto se sonrían,
que los viejos se parezcan cada noche a las lluvias
y transformen con música a la tierra cuando nada es posible.
He de volver.
Pregunto qué me espera, a mí, que tarde he llegado.
El recuerdo, la terrible ventana de los días,
el aroma y su lluvia de verdadera muerte.

*

POEMA

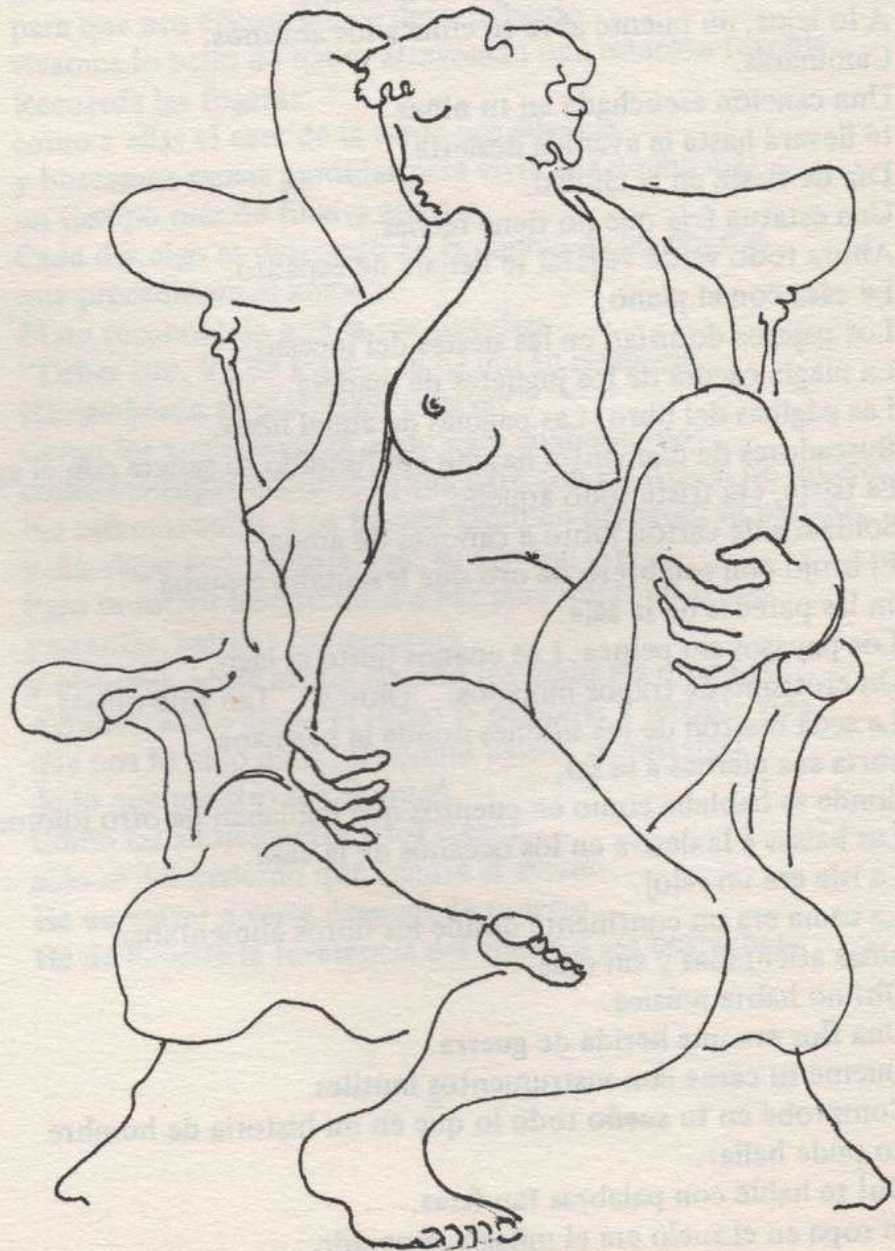
Los días son ahora las iguales calles de la espera.
Nos aguarda la extraña vejez de los barcos:
el creer que el fugitivo amor y la rápida ausencia
son los únicos puertos del viento de la muerte.
¿Qué tormenta nos une cuando ya todo ha sido?
Algo ha caído sobre nosotros
para que no estemos solos después de muertos,
para que nos encontremos descendiendo
vivamos lo bello de haber atravesado una estación terrible.
Recuerda las fogatas:
como a ellas el caer de la tarde nos silencia
y buscamos ramas perdidas para vivir una noche más,
un tiempo más de finales aromas.
Cada día algo es destruido en la ciudad de las puertas
que precedieron al amor.
El no reconocerla será la voz que diga:
"Debes irte. Ya de los dos se ha ido tu memoria.
Ha cambiado su piel, serás cadaver".
Como los viejos vivimos todo para abandonarlo;
como los viejos decimos: ¿qué haré con los días si no muero?
No estamos solos. Los árboles también preparan su partida,
y sin viajar todo ocurre bajo su sombra eterna.
Pero nosotros necesitamos amar para mirar las frutas
ya caídas, habitar cementerios,
y observar desde arriba cuando los hombres duermen.
Agradecemos como el fuego la pequeña y terrible vida
que nos ha sido dada, el común llanto, la nostalgia
de lo que nuestro día iluminó.
Como las adolescentes y los ciegos
sólo sé del invierno que vendrá el verano.
He de volver a verte después de muerto.
He de hacerte la reverencia del viento a los borrachos.

*

GUILLERMO ROIG

La tibia la quieta la macabra historia.
Recoge en tu seno los vestigios del día.
Acuérdate de la epopeya cuando el hombre recién
levantaba sus letras.
Desciende del humo. Acércate.
Cada año es un poco más la muerte. No respondas.
No hay nadie tras de tí.
Llegarás hasta los muros de las mansiones clausuradas,
buscarás un número. Nombres.
El viento sopla entre las hojas de la noche.
A lo lejos, un puente abre su alma a los abismos.
Caminarás.
Una canción escuchada en tu niñez
te llevará hasta la avenida desierta.
Día de fiesta en la ciudad.
Una estatua fría que no tiene fechas.
Ahora todo verde vegetal te llenará de espanto.
La casa con el piano.
Los pájaros dormían en las siestas del incesto.
La magia oscura de los juguetes de madera.
Las páginas del libro. Las páginas de aquel libro.
Buscadores de diamantes habían confundido su sangre con el agua.
Es triste, era triste todo aquello.
Soldados de cartón junto a cañones de arena.
El brujo con sombrero de oro que levantaba espuma
en las paredes de la sala.
Los payasos sin peluca. Los enanos junto al lago.
Un erotismo de trapos mojados. Olores. Tan sólo olores.
La seda marrón de los sillones donde la hermana
abría sus piernas a la sal,
donde se hablaba como en cuentos que hablaban de otro idioma.
Las balsas a la deriva en los océanos de la casa.
La isla era un reloj.
La cama era un continente donde los libros alimentaban
niñas afiebradas y sin ojos.
Oh! no había música.
Una flor era una herida de guerra.
Quemé tu carne con instrumentos inútiles.
Comprobé en tu sueño todo lo que en mi historia de hombre
no pude hallar.
Oh! te hablé con palabras tan frías,
tu ropa en el suelo era el milagro esperado,

tu miedo contra la luna.
Luego, poco a poco todo muere.
Luego realmente es el misterio
cuando las leyendas no pueden terminarse,
cuando el dolor no tiene fin,
cuando las puertas que alguna vez abrimos en juegos insolentes
nos llevan a estepas de visiones y terrores sin forma,
donde nada puede despertar porque jamás fue soñado,
donde tu vientre aún guarda para mí,
las savias brillantes que no bebieron mis besos.



JORGE ZUNINO

La Torre del Crepúsculo

(Fragmentos)

A M. S., "...my nightly nightmare."

Robert Burton

II.

4

Hoy no volveré a ti,
tempestuoso lucero,
reliquia nocturna enardecida por la armonía,
es tiempo de particiones
y espesuras que ausentan
hacia el abismal peregrinaje de los apartados.

—Nos odiaban,
aborrecían el unísono latir de nuestro despojo,
esa forma inseparable
de criaturas benditas
que a deslumbrados otorgan
demonios o deidades.

Nos odiaban,
día y noche maldecían
la ceremonia y su fuego,
la escalofriante veneración que cruzábamos.—

Ya no te veré con floreciente hastío,
como virgen y laberinto
enlazada a una leyenda,
sumergida en el reino
de enigmáticos deseos
donde la púrpura crecía
remontando traiciones.

—Pero huíamos, siempre huíamos,
a dónde sin detenernos,
hacia cuál selva,
cuál espejismo,
que reanimara nuestro sagrario.—

Aquí nada te vestirá de transparencia impenetrable,
para decir que nos cercan

venerables lluvias,
para abrasar la ciénaga magnífica en tus sueños
que asolaron tanta imagen
de angustia apasionada.

—Si quisiera
también yo
odiar o pudrir,
secar el vivido a relumbre y talismán...—

Y mi corazón como nadie
distráido al silencio.

II. 5

*(Tal vez un día, una encrucijada,
alguien recuerde que la estación ha llegado.*

*Y heme aquí, como fugitivo invocador
en la Torre de los Crepúsculos,
heme aquí recluso a una hermosa impiedad
que aún vislumbra presagios
en nubes de antaño.*

*Quizás otro espacio,
un horizonte inútil,
confundirá diciendo:
es tarde para aquel tiempo
y temprano para su muerte.*

*Mas qué velo te cubre ahora,
quién eres
suspendida en arcada de cerrados párpados,
oh durmiente sideral
vagando entre orfandades.*

*Tal vez un día, siempre en destierro,
como el Príncipe de las Flores
y la Dama de las Serpientes,
sentenciados por el oro que cubre ese límite,
remontando raíces oscuras,
cambiantes,
ligerísimas,
atavesemos el mar hasta alcanzar las Islas.*

—¿Pero será necesario
transformar todo en dádiva,
alabar cuerpo y espíritu,
conjuguar agua y aire
cual finísimo alimento,
hasta asirnos a un rocío de plata inexpresable,
como emblemas naturales
de la inocencia y su ritmo,
o ráfagas de llamas
alumbrando resurrecciones?—

Sí, hay encantos que se rompen delatados por Amor,
celajes que sólo quiebran
incensario y espadas.

Tal vez un día, una encrucijada,
si alguien recuerda que la estación ha llegado.)

II. 6

No, hoy no volveré a ti, lirio del desarraigo,
rosa de arena convertida
en yegua oscura de mis noches.
No me hallarás embriagado, vencido entre victorias,
o en las repugnantes auroras
con majestuosos retornos.

—Es mejor no estar desierto, nunca.
Ni detenerse, ni estallar,
sólo apreciar la caída como horror y verdad,
como pasajeros que vivifican
su ilusoria maravilla.—

Mas por qué has de reconocer
mi errancia en tu constelación,
este aura repartida hacia trémulas lejanías,
por qué si mi náusea
quebrantó aquel fervor
levantado desde la nada
a un paraíso fantasma
y de súbito destronado
por tu bestiario sin nombres.

—Nos amaron,
padeían nuestra adorable
y espantosa pureza

que acorralaba al delirio atroz
de dinastías
elegidas como salvajes
augurios del esplendor.

Nos amaron,
reconocían el llamado mortal y perpetuo
de ávidos fulgores,
de encendidos himnos.—

No, hoy no hay hálitos para ti,
ciega amadora que celebras
funerales y amor,
vértigo eclipsando tu propia ferocidad,
insaciable y estéril,
nuevamente desasida.

Y aún no ha llegado la intemperie de las revelaciones.

¡Pero qué importa, qué eres tú
sino polvo enojado!



Eos o la Aurora, vierte el rocío sobre la tierra.

HECTOR INFANTINO

ATRACCION POR EL ABISMO (*Segunda parte*)

Una calle de vegetación muerta.
Una calle de piedras.
En una esquina una mujer vieja
con pasto seco por cabello
ofreciendo un perro ciego a los caminantes.
En el fin de la calle, un edificio de madera
con una luz en la séptima ventana
y una campana en el sótano.

Iré y vendré entre los dos enigmas hasta desaparecer
en perro, campana o piedra. Hasta desaparecer en enigma. En el instante
anterior

al relámpago tornaré al fuego y en el instante posterior
una eternidad habrá pasado.

Pasaré otro tiempo tratando
de descifrar los signos. No sabré nunca
quién es primero.

Si el agua o la sed.

O de dónde vengo,

si del bosque o del incendio.

(Hoy he intentado una tímida protesta.

Digamos que me he bañado. Digamos que me he sentado
en una plaza y he visto jugar a los niños.

Digamos que traté de dibujar a la vieja mujer
que ofrece un perro a los caminantes

con alas y colmillos. Digamos que callé y dejé que hablaran
y hablaron

—el vacío había detenido su poderosa
gravitación—

y hablaron.

¿Enumeraré con paciencia de historiador
cada una de las bocas abiertas

y sus hastíos y sus entusiasmos

y sus oblicuas miradas de vidrios molidos.

O simplemente

diré viento

sueño?)

Jamás me he asombrado de los encuentros.

Todo es un ir hacia algo.

Sí me ha asombrado no poder ser

yo quien los provoque. Me ha asombrado
descubrir (tan fácil

como si sólo se tratase de confirmar)

el largo de mis dedos. La fuerza de mi voz.
Ver como un cuerpo amado se
desdibuja en la distancia.

Como si sólo se tratase
de confirmar
desespero de no desesperar
hasta el límite
de que no existan los límites.

Y de pronto,

entonces
con parsimonia, con desdén,
desnudarse bajo la lluvia
o caminar descalzo en el fuego.
Por supuesto con una canción
o apedreando una rosa.

Por supuesto con hidrofobia
o con mística santidad.

Me he asombrado de no enloquecer
y de enloquecer

loco o sabio
hubo siempre una piedra inasible,
una palabra no dicha.

Oh, todo ya ha terminado.

De la aventura sólo quedan
tres o cuatro columnas rotas. El abismo
y la realidad que ignoro
con sabia prudencia y la realidad
que, también prudente, me ignora. Nos hemos visto
más de una vez. Yo sentado
(como siempre) tomando café
y los hombres tomando mil formas,
y siendo enanos o gigantes y mordiendo
o sonriendo o la comedia humana
y sus páginas eternas.

¡Déjenlo —dijeron—
allá él!

¡Déjalos —me dije—
allá ellos!

Fuimos lo mismo. ¡Oh, somos iguales!
Me necesitan para ignorarme.
Los necesito para ignorarlos.

¿Quién es el riente y
sabio titiritero?

¿Quién ideó
la antinomia fatal?

(En el exacto momento del relámpago.
En el mismo instante del vestido que cae.
En la tarde.

Cuando me descubra

sólo una causa

y no sea la consecuencia

o cuando conciba mi presencia para
que alguien ría (o llore)
y ese alguien se consuma en la risa o en el
llanto otorgando propiedades absolutas
a mi presencia relativa para satisfacción
de un inescrutable plan

en el instante
de saberme
sólo una partícula más
ordenada,
nombrada por quien

nombra.

En ese momento me suicido con voluntaria inmolación
de ahora,
ahora muerto, no ser más que la otra parte.
De conocer lo vieja y gastada
que está la muerte.

Todos cantarán en vuestros oídos.

Todos. En invierno
y en verano.
Ayer y mañana.

Todos cantarán cuando yo duerma
o cuando yo tiemble.

Todos cantarán y mi canto
os parecerá ridículo

anacrónico
primitivo
herético
fatalista.

Todos cantarán
cuando vosotros no me escuchéis.

(Dormiré hoy
cara a las estrellas,
con un ojo ebrio
y otro sabio
dormiré hoy en la pradera
y veré cómo la ciudad
cierra sus dos ojos
de luces amarillas.
Y el río despierta en antiguos
cantos marinos
de marineros borrachos
y pequeñas maderas
flotando después del naufragio.
Dormiré hoy,

lejos.

Enarbolando

banderas

derrotadas.

Dormiré hoy en la lengua
viscosa de las iguanas.

En las miserables aguas
de los inodoros.)
Todos cantarán en vuestros oídos.
Todos tendrán palabras y campanas.
(Dormiré hoy
en el silencio.)
Todos vendrán cuando yo me vaya.
(Estoy en mi habitación
sin terraza.)
Todos cantarán en vuestros oídos
y en la calle una vieja con cabellos viejos
ofrecerá una cerveza o un perro
a los caminantes. Y la ventana aquella seguirá
con luz.
Con luz hasta la oscuridad
y en la calle
dormiré
mientras cantan.
Y en la calle cambiaré de palabras
como quien cambia de mujer.
Cada palabra
cada mujer...
El astuto hueco que siempre vuelve.
Dormiré esta noche
peleando.
Dormiré esta noche
entre miembros destrozados
entre manos inmoladas
Y no cantaré en vuestros oídos.
No esta noche que dormiré
y cantaré en vuestros oídos
un instante, una palabra
herida abierta a los siglos.

FRAGMENTOS

“La distancia de la poesía al poema es intocable. Sus vicisitudes pueden soportar hasta ser novelables. La poesía es el punto volante del poema. Su trayecto es como una espiral semejante al cielo estrellado de Van Gogh. Por eso el Dante puede hablar del cuerpo ficticio que adquiere la sombra de los fantasmas. Como parece agarrarse, detenerse en ese cuerpo de engaño, en ese momento en que la sombra de un fantasma adquiere su cuerpo de engaño, su proyección, que parece querer soportar un cálculo que lo aproxime a otro sentido extrasensorial. Encontrar el cuerpo ficticio de la sombra de un fantasma. El momento de su desaparición, manchando el muro. Parece silabearse: “el cuadrado de un lado es igual a la suma del cuadrado de los otros dos, más o menos, según el ángulo opuesto sea agudo u obtuso, el duplo de uno de ellos por la proyección del otro sobre él”. Proyección, cuerpo ficticio que adquiere una sombra que comienza el dibujo de su nariz.

”En el último canto del Purgatorio aparece un personaje misterioso: el 515. ¿Se trata acaso de una cábala intraspasable del Dante? Es un número que no guarda relación con el animismo numeral pitagórico. El mismo florentino parece sorprenderse al emplearlo. Parece que él tampoco conociese ese personaje, que lo obliga a sustituir las palabras por los números. Ese número se agita, parece poseer también un cuerpo. Alguien se acerca para responder cuando ese número se fija, se oscurece. Hay ahí el ocultamiento sumergido de las palabras, después una suspensión, después ese número que se hace de un cuerpo, pues alguien se introduce en él como una bota que se llena de nieve.”

“Ese combate entre la causalidad y lo incondicionado, ofrece un signo, rinde un testimonio: el poema. Sigamos con un rasguño una sentencia rica de evidencia de Pitágoras: “Existe un triple verbo. Hay la palabra simple, la palabra jeroglífica y la palabra simbólica. Es decir, el verbo que expresa, el verbo que oculta y el verbo que significa”. En esa frase, Pitágoras parece como si nos retomase y nos llevase de nuevo a la dimensión anterior en que estábamos, pues el verbo que expresa se muestra en una gran causalidad incandescente, en la que todo está por la transparencia, aclarado: el verbo que oculta, oculta la voz de lo incondicionado, pero en su propio verbo hermético, en su movimiento ocultado, lleva el deseo de aletear en un gesto, demostrar sus sobresaltos en unos pazos de danza. Aparece como un cono de claridad en lo oscuro, ya fulgurante, ya con la lentitud de la noche, que envuelve en la corteza del rocío, que cruje despaciosamente el secreto de la pulpa, que trenza el ramaje para la humedad favorable. Y el desprendimiento en el asombro natural, el desprendimiento... en la poesía. Ese desprendimiento que lleva siempre el recuerdo del árbol anterior y esa incorporación furiosa, devoradora, en el nuevo cuerpo, deviene el simbolismo de lo desprendido en el nuevo signo del cuerpo adquirido.”

“El signo penetra en la escritura, rehusando siempre su mortandad, pues signo es siempre señal. La señal comienza en la teoría o desfile a hora y júbilos señalados. En la vacilación del cortejo por aparecer, en la prosecución de la pareja, en el solitario deseado coincidente, también el signo rubrica la posibilidad de la aparición. El signo expresa pero no se demuda en la expresión. El signo pasado a la expresión, hace que la letra siempre tenga espíritu. En el signo hay siempre como la impulsión que lo agita y el desciframiento consecuente. En el signo hay siempre un *pneuma* que lo impulsa y un desciframiento, en la sentencia, que lo resume. En el signo queda siempre el conjuro del gesto. El signo tiene siempre la suficiente potencia para recorrer la sentencia, su espacio asignado. La potencia actuando sobre la materia parece engendrar la forma y el signo. Es cierto que en la forma la materia parece llevada a su última dimensión y morada. En el signo la potencia en la materia se vuelve hilozoísta, cruje, se lamenta, regala su escultura para que la entierren.”

“...Nos había prometido lo insular como tema de cultura. Es decir, lo que en la esfera de pensamiento se llama paradoja; lo que en lo moral es una aventurera desviación, en lo terrestre se llama isla. El griego utilizaba la costumbre como un telón de fondo, pero le reconocía al sujeto la facultad de desviarse, de un opinar desviado con respecto a la cultura. De tal manera que si hablaban de una teoría de peces, en el sentido de desfile, aludían a la forma de pensamiento que más querían. Pero otra de sus formas de conocimiento, es el furioso o erótico, es decir, cuando Sócrates se tapa la cabeza con un paño para poder evocar libremente a la Venus Urania. Ese otro pensar paradójico es más de lo que se cree una fuente de seguridad. Presupone en primer lugar, un macizo de opiniones, una costumbre que opina como salud. Esa desviación se está refractando constantemente con respecto al hábito. En cuanto a esa otra desviación de la moral carnal, me convenzo que nace de la pureza, del buscar la pureza como nacimiento. Esa aventura es la fuente en el aislamiento, es la pureza como un producto aislado. Alguien hablando de los griegos subrayaba que en ellos la ciencia se presentaba como conocimiento de la cantidad real de placer, es una frase de una poderosa gravitación. Parece una ecuación, *cantidad real de placer*, pero después se va trocando en un cuerpo, como una cantidad de materia necesaria para la delicia de nuestra visión. Para no separar la ciencia de la sabiduría, ni la sabiduría de la santidad, conviene tener presente que el conocimiento actúa sobre una cantidad que no es simple extensión, sino extensión de materia limitada, cantidad real. Y que el placer no es como una sombra o una lluvia que vuelve o cae sobre el cuerpo. Así el placer no es como una excepción o enfermedad del cuerpo, sino que es el cuerpo convertido en magnitud y actuando con la gravitación sorda de las cosas.”

“Qué olvidados estaban los realistas cuando creían que la huida era asco del objeto, impedimento para descansar la mirada. La huida es decisión para penetrar en el reverso del hilo, en la otra cara que no existe de la medalla que no se toca. Casi siempre cuando oímos una voz es que estamos huyendo. Pero el terror no puede ser otra cosa que una espiral en los dentro de nuestra capacidad para recibir la tentación. Huyendo desarrollamos un espacio ciertamente que no iluminado, que aunque tampoco responde a las exigencias visibles de nuestra voluntad, constituye en su carnalidad la única precisión posible de nuestra gravedad y resistencia. La gravedad del que huye, del que tiene miedo y busca una claridad que le provoque un ámbito de compañía, está formando una sustancia exteriormente devoradora, pero que transporta la necesidad del silencio para preparar el trueque de la espera en la llaneza que se despereza y recobra su funcionalidad para los sentidos.”

LA PUERTA



TESTIMONIO DE NOES Y AFIRMACION DE PREFERENCIAS, de Martín R. LOPE-TEGUI (Buenos Aires: Ediciones Buen Ayre, 1981).

Y NO se me celebre por una Amada Inmóvil, por ese viernes santo (que), Dios sabe, me triza, por los clavos mesiánicos y la lanza longina, y lejos de la risa y la áurea puericia, y lejos de los niños y las aves canoras, y el color amarillo del canario de Dora, y esta tela de Mónaco, que figura una niña, de rizos amarillos y alumbrada pureza, que no supe su nombre, que me olvido su nombre, que yo no tengo nombre, cuando no tengo risas, cuando no tengo niño que me mantenga en vilo, y prohíbo mi nombre por una Amada Inmóvil, metafísica calva, allende de la amada, que enhebra las palomas y mata las palabras, que yo quiero mi nombre y yo quiero Tu nombre, y yo quiero algún nombre, oh Galope del Mundo, o mi pobre carácter o cuánta esa ruptura, oh Galope del Mundo, que yo tuve mi amada, y también la he perdido, se me fue con piecitos de luz y con paraguas, y apenas si llovía, ay Galope del Mundo, que pasar es tan fácil, que pasar es tan niño, que pasar es tan grave, ay Galope del Mundo, y (que) yo (ya) no espero, y (si) espero, qué espero, y espero porque creo, Qué me espera del Hombre, Qué ceniza, babeada, empasta mis falanges, y (si) espero, Qué espero, y espero porque creo, oh Galope del Mundo, Qué me espera del Hombre, Quién cose mis Caballos Azules a ese Cielo, mas a quién se le ocurre celebrar a la Calva, mas a quién se le ocurre celebrar a la Inmóvil, oh Galope del Mundo, Quién cose mis Caballos Azules a ese Cielo!

LAS PALABRAS DE TODOS, de Carlos PICCIONI (Rosario, Santa Fe: Ediciones La Cachimba, 1981).

Tu pequeño nombre

La más tierna de mis maravillas / no será nunca la llovizna persistente / de mi pueblo, / será tu rostro, el gesto alegre de tu rostro, / o en todo caso / nuestro último silencio. // Vos tenías dos ojos grandes / abiertos a la tarde, / poseías la tristeza indefinida / de los que somos jóvenes / y sin embargo sostenías un fulgor, / eras un contorno de placer / y tu pequeño nombre / resultaba insuficiente, / debimos amarnos / pero no nos atrevimos. // De la noche / tengo un recuerdo amurallado.

VISION, de Claudia SCHNEIDER (Buenos Aires, inédita).

Como una visión de carruajes dorados es la vida, / en un costado del tiempo. / Desde el interior, lo creado es verde; / mas lo que hoy es / mañana tiene débiles estrellas. / Porque puede una barca hechizada / navegar en los canales del alma / cuando el aire limpio de la juventud / es un espacio de mágicos encuentros / entre la piel y la voz. / Pero al crecer el mar / los presagios tienen el vuelo de un ocaso / entonces, las palabras son enredaderas / que temen no trepar. / Las horas pasan, / y en las aguas desveladas / hay un ángel que recuerda, / y allí, la vida es cuadro de pinceladas infinitas. // Visión, en los rasgos del invierno / en la sed y en la nostalgia. // Visión en los brazos de luz / que emanan de una luna de abril. / Visión, en las rendijas de todos los sueños. // Pero más abajo, donde la tierra es una roca olvidada, / también el hombre lo es. / Porque en sus eternos insomnios, / tiene las lágrimas clavadas / en su espejo gris de equivocada omnipotencia.

LOS ANGULOS SANOS, de Ricardo CARPENA (Buenos Aires, inédito).

Estas escaleras boca abajo / son perfectas para mí / estos almanaques en blanco / son perfectos para mí / porque / más allá de lo triste que estoy / existe una mínima porción de espíritu / que se entusiasma / con la desesperanza / con escaleras boca abajo / para enderezar / con almanaques en blanco / para rellenar / con una vida increíble / para olvidar.

ESPAÑA, de Liliana S. DOYLE (San Fernando, inédito).

España: / la llanura y la montaña. / Tierra seca, / oquedades de las peñas. / Entre páramos de piedra se levantan / tus torreones de ciudad amurallada. / Las encinas y vencejos de Teresa. / Los colores bermellones de Segovia / donde Juan, también santo, se renueva / en el verde las frondas, y el susurro / lento y claro / que desgarrar los barrancos. / La montaña con sus bosques busca el cielo / y el sol filtra sus abrazos a sus ramas. / Tierra seca. Señorío castellano / con su grito de absoluto entre sus labios.

LA TUMBA DE LAWRENCE

Los muertos no mueren. Vigilan y ayudan.

David Herbert Lawrence

Mientras seas incapaz de morir y de volver
otra vez a la vida, no serás más que un triste
viajero sobre esta oscura tierra.

Goethe

Yo no temo la muerte; lo terrible es morir.

D.H.L.

Lo enterramos como un pájaro, en una mañana de primavera.

Frida Lawrence

CUANDO era marzo en Saint-Paul de Vence, te dieron tierra dulce y sin nombre
bajo un Fénix de piedras rodadas en el mar*.
Desde los ingravidos palomares del viento, el Gran Demonio de la vida miraba manar esa
resina misteriosa del alma
que calienta y alumbra el hálito más fuerte que la muerte.
El que está inmóvil en su tumba, no sabe por qué es hermoso el canto del ruiseñor,
la huella de las aves que emigran,
el golpe del agua azul contra la roca.
Removiste el polvo liviano del túmulo y ahora sólo las hierbas humildes
crecen en el silencio de la llanura.
No estás allí, como los cuerpos de los muertos acostumbran a estar,
aprendiendo cómo desaparece con lentitud la canción espigada en la médula;
cómo la última gota de rocío en la frente
se hace estrella entre la arcilla oscura;
cómo en el cordaje de piedra de los acueductos
el viento marino canta la trágica maravilla de la Eternidad.
La granada se abre en toda estación para verter la púrpura sobre las bocas jóvenes,
y tú vagas y absorbes su olor y su jugo de vida y de victorias,
y algo suena como una campana frutal en las venas del viento.
Muchas veces, un grito llena el espacio espléndido de la primavera,
y retumba el bramido del toro salvaje y rojo
en la pradera del mediodía parpadeante.
La terracota puede guardar caliente la mortaja, la ceniza, los granos de trigo,
los mapas jeroglíficos para viajar en la barca del Sol al salir del Día.
La madera se consume por el lejano ardor del centro de la tierra.
Pero el Amante conoce las llaves de la ascensión,
y por eso comprende qué es la Eternidad
mirando simplemente un pájaro que atraviesa la tarde.
Hasta la cúspide fulgurante de la colina
llega el olor violento de los humores de las blancas yeguas de la Camarga montadas por
el viento,
y pareces el viejo Homero que ilumina sus cuencas
con la música coral del archipiélago jasónico.
No reposes, Amante, bajo las vides, en las noches lunares,
que las serpientes arrojarán veneno a los ojos de las vírgenes dormidas.
Alzate, y prodiga, como en los Misterios del bosque nocturno,
la santa unción de la cantaridina.
Y recuerda aquella mujer desnuda que fue coronada de lirios
bajo la lluvia de la arboleda olorosa.

La semilla no muere, y la espiga que se mece esta tarde es la espiga de la promesa que
ondulaba a los pies de Abraham, en Hebrón.
El germen rompe la corteza del Tiempo y se hace errante,
y el que conoce la salida del Laberinto
pasa por encima de las hogueras y se cubre de llamas,
y recorre la tierra y la carne ardiendo y ardiendo sin consumirse.
Otra vez en Heliópolis se elevará el olor de la bola de mirra.
Sigue, Amante, el camino del Fénix: ésa es su tumba.

* Al sepelio de Lawrence no llegó ninguna flor. Alguien publicó en los diarios de la Riviera que el poeta y novelista galés no deseaba flores en su tumba, lo cual era simplemente mentira. A esa razón obedece que el único homenaje fuera un Fénix —su símbolo perpetuo— de cantos rodados.

(de su libro **Cantos epilogales**,
Buenos Aires: Editorial Troquel, 1980)

PAULINA VINDERMAN

De su libro inédito
La mirada de los héroes

Y EN CUANTO AL CIELO

Y en cuanto al cielo
seguirá existiendo.
Es necesario comprender
que el júbilo no es aún
el corazón del vino.
Que estar presente
no es atestiguar la fiesta.
Que hay que elegir la aurora
antes de que elija por nosotros.
Que el misterio
es palabra de amor
para la disciplina de la tierra.
Y que amaremos,
amaremos el fuego
porque nos deja las cenizas.

LOS DEL CORAZÓN EBRIO

Los del corazón ebrio
cantaron a la calle toda la calle y noche
bajo mi ventana absorta.
No iban ebrios de amor
ni de añoranzas.
Sólo portaban un paño de color
de sueño
para los sueños desvencijados
de los que osaban dormir
en noches como ésa.
Los del corazón ebrio
hacían agitar los espesos cortinados
con sólo una balada
y una bella ebriedad de nacimiento.
La balada era sobria
y la calle estrellada.
Tenían los ojos insomnes por derecho
y la alegría de río.
Y como río se mecía la calle.
Los del corazón ebrio,
que elevaban sus miradas por destino
encontraron mi sonrisa
que descendía por herencia.
—Cómo es tu corazón —me preguntaron.
Mi corazón es callado,
mi corazón es tan callado.

COROS DEL PRISIONERO

I

¿Cómo pudo ser la muerte;
Un mar de jade y las palabras
Nubes, silentes bajeles
De blanco velamen
O aromáticas islas...? Horrenda
Me envuelve con trapos inmundos la cara
y golpea enloquecida
El parche tenso de la llanura:
Enorme, gimiendo...

Poesía, hembra desgracia, gritando
Salvaje en la cima del miedo.

II

Los días que al espacio por mis ojos
Van vaciando, ver ya sólo me dejan
Tu acre hueco sofocante y mi sombra
Avida entre los lívidos
Labios tuyos, Muerte.

Si con tus dedos rozaras la roca
Donde el destino aúlla...
Nada me acaricia, todo desnuda
La nada imposible.

RICARDO H. HERRERA

(de su libro **Coros del Prisionero**,
Buenos Aires: Cármina, 1981)

III

Oprime como un puño
El esternón la noche.

Los gritos que se abismaban buscando
El alma, enmudecen despavoridos.

La mente vuelve a un cuerpo
Al que arropa temblando.

IV

Y escuálido, mojado por la lluvia
del sueño más remoto,
El cauce de la sangre se vacía...

Se adormece el horror,
Solícita la muerte lo acaricia
Al pie de un olmo opaco
Sobre ese lecho triste
De pálidas piedras frías.

HOMENAJE A LA PALABRA ALCANFOR

La palabra alcanfor, por ejemplo en la frase:
muertos empapados en alcanfor,
es una realidad distinta del ojo, la mano o el olfato?
Otro extraerá de ella un río que lleva el ágata y la peste,
vírgenes entregadas a los extranjeros en húmedos lienzos?
Muertos empapados en alcanfor:
un idioma estará también bajo la tierra,
descarnándose como nuestros huesos,
antes y después sin interlocutor posible.

HORACIO CASTILLO

SIEMBRA

Ojo lacerado por el llanto,
ojo cegado por la finitud,
ojo cicatrizado por la esperanza,
aquí te siembro, en este yermo,
para que crezca al fin
la mirada limpia de los asesinos.

**CANCION NATURAL, de Raúl VERA
OCAMPO (Buenos Aires: Sudamericana,
1981).**

Carta poética sobre una poética

Es difícil sentarse y decir / amigo escribo
una constelación / de verdades que mañana,
hoy / serán zumbido integral, recorrerán /
túneles imprescindibles hasta golpear / allí
mismo donde golpean hombres / nuestros
hermanos en ansias, / luchar con posterga-
ciones míseras / de querer asir con manos
rudas, / callosas el derecho cotidiano; / es
difícil esperar que esta palabra / cumpla otro
destino que el fatuo / ubicuo círculo de fra-
ses hechas, / sílabas trilladas en otros viejos
renovados / círculos de infamia, mentiras lí-
las, / realidades trucas; / es difícil / empu-
ñar un lápiz como espada / o cañón —pistola
de lluvias vivas / de verdades que rompen
tímpanos / que suenan huecas de tan palpa-
bles / y sin embargo tan deshechas / tan su-
jetas siempre a letras muertas. / Quiero ha-
cer por eso una poética / que no se diga,
inconvertible, repleta de médula hasta la
frente / y que su texto quede impreso / en el
pecho de una llaga / ulcerada su métrica en
decesos / informales de aventureros pobres,
facinerosos del hambre que habitan / los sen-
deros con bandoleras, / carabinas anticuarias
por donde pasa / un amor inmenso, desespe-
rado / repleto de palabras trucas / frustra-
das realidades, una poética / que encuentre
el verso / en la punta de un grito suspendido
/ en una guerra sorda, infatigable / o despia-
dada, porque lo asible vivo / tiene a veces sa-
bor a desagrado / a gangrena a nervio descar-
nado. // Recuerdo antiguos poemas, / músi-
cas descritas con rigor físico / matemático,
cuerdas llamadas / a herméticos abismo du-
ros / donde ojos aterrados me vieron / surgir
en llamas y escribir / en crónicas ese ultima-
do universo; / ando, camino entonces la su-
perficie / hoy voy un presente cercano /
atado a la piel como carro / que encierra mi
propio ganado, / esa carne diaria faenada /
que alimenta bocas desparejas, / inquietas,
ladeadas, vueltas / con muecas las indignas
caretas / de la vergüenza, el latido insulto /
que no se atreve, que ruge / sin darse, que
detiene el canto / de otra métrica impecable
/ incansable sucesión de una palabra / muerta.
// Por eso quiero sentarme, decir / amigo,
qué poética es esta poética / por qué no en-
cimarnos rápido / amarnos desenfrenados en
la práctica / seria y brutal del hecho cierto /
que vive en nuestros labios, / nuestros miem-
bros, a qué esperar / dictar nuevas normas,

estilos / complacientes, gramáticas / estruc-
turales o aladas parvas / de signos, razones
intercambiables; / de pronto hagamos el cen-
tro / de un profundo pozo, taladro / y poste
de esa saliva todavía / indemne, destinada a
ser / gota del muñón donde dedos crecen /
largos que cortan las distancias / las voces
impresas que naufragan; / ya estoy sentado
y hierve / un torbellino en esta pluma / que
me arroja de boca / sobre un mar de vísceras
que entiendo, / que me gritan, que me lla-
man / que me piden ayuda.

**EL HOMBRE QUE AMO, de Tamara SZY-
CHOWSKI (Misiones, inédita).**

El hombre que amo guarda encendidas go-
londrinas en las manos / crisálidas de oro
en cada dedo / huellas digitales como velos
de águilas violentas / ardientes antorchas
con el poder de la vida. // El hombre que
amo gobierna los días en que pertenezco a
su furia / me hunde en su limo / me somete
a juegos que premedita su loca cabeza. //
Cose mis labios con agujas / asesina mis en-
sueños / crea magias con lunas. Magias / para
embriagarse con el vino que festeja mi derro-
ta.

**CANCION FINAL DE OTOÑO (Inédito),
de Roberto AGUIRRE MOLINA (Santa Fe).**

Por la sangre eterna

Ay de la sangre eterna, moriré / porque mi
tierra calcará la tierra, nada más. / Será por-
que alguna pregunta / quedó allá en el vacío,
sin contestar. // Será mi cama, esta cama, el
adobe; / otro miércoles como éste, a las seis
de la tarde; / con llovizna, nuboso y sin ro-
paje. / Será mi almohada, esta almohada, el
sereno; / otro miércoles como aquel, en el
centro de mi cuerpo. // ¿Y cómo serán tus
ojos, almirana gris, alpaca; / lloviznada ar-
diente de un placer ajeno? // Ay de la sangre
eterna, moriré // por la resurrección de la
carne, nada más; / o para repartir penas y
glorias, quizás. / No será porque tenga mie-
do de morir, / o por morder la derrota en el
tramo final; / o porque tus ojos alumbren
más; no. // Será mi casa este cuarto, el des-
perdicio, / un miércoles a la tarde, en invier-
no. / Con la belleza del silencio en mi cabe-
za / y la orquesta de su Voz, alrededor.

WITOLD GOMBROWICZ: Prólogo a FERDYDURKE

Este libro vio la luz del día en Polonia, un año antes de la guerra y para comprender su clima no hay que olvidarse de esta fecha. Yo antes había publicado un volumen de cuentos titulado **Memorias del período de la maduración**.

Como la mentalidad polaca de la plegue iba por caminos completamente distintos del que yo había elegido, no abrigaba al publicar **Ferdydurke** mayores esperanzas de éxito. Si a fin de cuentas las cosas no salieron tan mal, esto se debe a un grupo de decididos y fervientes partidarios de esta aventura, que eran en su mayoría gente joven. Gracias a ello el libro fue ampliamente analizado y lo que se ha escrito sobre **Ferdydurke** en estudios, polémicas, comentarios, etc., sobrepasa varias veces su tamaño. No obstante, ni yo ni **Ferdydurke** hemos entrado de lleno en la literatura oficial polaca lo que, por cierto, nos apena muy profundamente.

Cuando las olas de la polémica estaban por calmarse y pensaba en escribir algo nuevo, fui invitado a participar en el viaje de inauguración de un nuevo transatlántico nuestro, puesto en servicio entre Polonia y la Argentina. Llegué aquí para tres semanas solamente, pero ellas se prolongaron en más de seis años, ya que estalló la guerra. Los que a través de **Ferdydurke** captarán ciertas particularidades de mi alma, comprenderán también porqué el alma, en vez de buscar vinculaciones con los "círculos" locales llevaba una vida anónima y bohemia muy cercana, desgraciadamente, a la miseria. Perdido en este país, entontecido y aplastado por los acontecimientos europeos, vagaba por las calles sin ganas de hacer nada, o, bajo una mesa de café, lloraba amargamente. Me alejé por completo de las letras, y sólo debo a mi feliz inclinación hacia el infantilismo que, a pesar de toda índole de desastres y humillaciones, lograra conservar un grano de alegría. Últimamente me ha vuelto el ánimo para el trabajo literario y creo que en breve tendré el placer de publicar alguna obra nueva.

Ahora ya sabéis de dónde os cayó este librito. Claro está que no se trata aquí de una novela realista y por lo tanto no hay que imaginarse que —digamos— los escolares polacos en realidad se preocupan hasta tal punto por sus señores. Tampoco se trata de un libelo

político, pues este libelo no tiene nada que ver con la derecha ni con la izquierda. ¿De qué se trata, entonces? Comprobé en Polonia que, a pesar de la abundancia de prefacios y aclaraciones, el sentido general de **Ferdydurke** escapó a muchos lectores, al extremo que varios llegaron a dudar si **Ferdydurke** tendría algún sentido. Sin embargo lo tiene y no hay inconveniente en exponerlo así nomás —de modo sencillo y sin ninguna clase de muecas— si esto puede facilitar la lectura.

Los dos problemas capitales de **Ferdydurke** son: el de la Inmadurez y el de la Forma. Es un hecho que los hombres están obligados a ocultar su inmadurez, pues a la exteriorización sólo se presta lo que ya está maduro en nosotros. **Ferdydurke** plantea esta pregunta: ¿no véis que vuestra madurez exterior es una ficción y que todo lo que podéis expresar no corresponde a vuestra realidad íntima? Mientras fingís ser maduros vivís, en realidad, en un mundo bien distinto. Si no lográis juntar de algún modo más estrecho esos dos mundos, la cultura será siempre para vosotros un instrumento de engaño.

Pero **Ferdydurke** no sólo se ocupa de lo que podríamos llamar la inmadurez natural del hombre, sino ante todo de la inmadurez, lograda por medios artificiales: es decir que un hombre empuja al otro en la inmadurez y que también —¡qué raro!— del mismo modo actúa la cultura. Existen muchas razones por las cuales uno tiene interés en que otro caiga en la inmadurez, pero la más importante es nuestro amor por la inmadurez en sí. Ahora, la cultura infantiliza al hombre porque ella tiende a desarrollarse mecánicamente y por lo tanto le supera y se aleja de él.

El héroe de **Ferdydurke**, infantilizado primeramente por el temible Pimko, se ve arrastrado en el proceso de mutua inmadurización que constituye el gran goce secreto de la humanidad, su diversión más dulce y su dolor más terrible. ¿A qué tipo de psicología nos lleva este proceso? Los personajes de **Ferdydurke** no tienen ideales, ni dioses, sino "mitos inmaduros" que podríamos definir como un ideal adaptado al nivel de la auténtica realidad íntima del hombre (mito del peón, de la colegiala, de la tía, etc.) Ellos

no hacen lo que quieren, ni tampoco sienten según su propia naturaleza, sino que la mayoría de sus sentimientos y actos les es impuesta desde el exterior. Se empujan mutuamente hacia actitudes, situaciones, sentimientos o pensamiento ajenos a su voluntad y sólo después se adaptan psíquicamente a lo que se les ha ocurrido cometer buscando *ex post* una justificación y explicación... siempre amenazados por el absurdo y la anarquía. Sus dos rasgos característicos más destacados son los siguientes: primero, el aparato de las formas maduras de la cultura no es para ellos nada más que un *pretexto* para entrar en contacto entre sí —y para gozar y excitarse recíprocamente— y para armonizarse en sus dolorosos, inmaduros juegos. Lo importante para ellos es bailar; qué baile bailan, no les importa. Segundo: ellos sin cesar producen la forma, pero nunca la logran. No tienen creencias, ideales, convicciones, aptitudes, sentimientos, sino se los *fabrican* según sus necesidades y las necesidades de la situación. A cada momento se fabrican entre sí sus personalidades —uno crea al otro.

Ferdydurke sostiene que es justamente nuestro anhelo de madurez lo que nos arrastra hacia esa inmadurez número dos, inmadurez artificial —y nuestro anhelo de forma en que nos lleva a una forma mala. Parecidos a alguien, que temiese su propia desnudez, echamos mano a cualquier vestimenta a nuestro alcance, aún la más grotesca, y así se crea ese mundo hecho de indolencia, insuficiencia, no-seriedad e irresponsabilidad, mundo de la subcultura, de las formas caducas, malogradas, desviadas e impuras, donde se desarrolla nuestra vida íntima. Allí se fabrican sorprendentes sub-ideales, sub-religiones, sub-sentimientos, y varias otras sub-cosas muy diferentes de las del mundo oficial. Y lo importante es que todo eso se efectúa por vía formal: para que en tal sentido, dos personas se obliguen a la regresión no hace falta que sean pacientes de Freud y del freudismo, porque aquí se trata de algo tan elemental como que el estilo de ser de una persona influye sobre el estilo de ser de la otra.

¿Cuál debería ser nuestra actitud, en tanto que seres conscientes, frente a aquel inframundo? El supremo anhelo de *Ferdydurke* es encontrar la forma para la inmadurez.

Pero esto es imposible. Podemos en forma madura expresar la inmadurez ajena, podemos, por ejemplo, describirla artística o científicamente, pero con eso no logramos nada, porque así no expresamos nuestra propia inmadurez, sino que —de modo inmaduro— describimos la inmadurez ajena. Aún si nos pusiéramos a analizar y confesar nuestra propia insuficiencia cultural siempre lo haríamos desde el punto de vista de la cultura y en forma madura. Mas para que esta insuficiencia fuera expresada de modo consciente y a la vez directo, sería menester que nos esforzásemos en escribir no-libros sabios sobre el tema de la tontería, sino sencillamente libros tontos —y malos— e indolentes— lo que, claro está, es un disparate. Por eso ni la ciencia, ni el arte, ni ningún otro medio de expresión cultural, permite al hombre manifestar por vía directa su propia realidad inmadura, condenada al eterno mutismo. Mas por otra parte, si todos vamos a seguir con esa mascarada obligatoria e inevitable, la cultura irá convirtiéndose en un juego cada vez más mecánico y fragmentario, y por fin perdería todo contacto con nosotros mismos. Si yo, hablando con Fulano, trato siempre de ser lo mejor educado posible y él hace lo mismo respecto a mí, nuestra conversación pronto se volverá tan bien educada que terminaremos por sentirnos muy molestos —y eso es lo que ocurre con nuestro arte que se vuelve demasiado "artístico", con nuestra sutileza que se vuelve demasiado sutil o nuestro heroísmo que se vuelve demasiado heroico. ¿Qué nos queda entonces por hacer? Estamos en la situación de un niño que se ve obligado a llevar un traje demasiado grande para él y en el cual se siente incómodo y ridículo; el niño no puede quitárselo puesto que no tiene ningún otro, pero, por lo menos, puede, proclamar en voz bien alta que el traje no está hecho a medida, y de tal modo establecerá una distancia entre el traje y su persona. Esto significa: tomar distancia frente a la forma. Cuando logremos compenetrarnos bien con la idea de que nunca somos ni podemos ser auténticos, que todo lo que nos define —sean nuestros actos, pensamientos o sentimientos— no proviene directamente de nosotros sino que es producto del choque entre nuestro yo y la realidad exterior, fruto

de una constante adaptación, entonces, a lo mejor la cultura se nos volverá menos cargante.

Ferdydurke, además de plantear este postulado teóricamente, se propone realizarlo en la práctica. Desde luego yo no podría hacer otra cosa sino tratar de escribir un libro bueno y no un libro malo. Pero lo que quería conseguir a toda costa era una mayor libertad de palabra en este campo de la cultura, donde el escritor malo no puede decir nada porque es malo y el bueno tampoco puede decir algo porque es bueno —esclavo de su nivel y de su estilo— asustado por su grandeza, su situación social y sus múltiples (a menudo ilusorias) responsabilidades. Por eso en vez de ocultar mi propia persona en tanto que autor, la puse en juego junto con las personas de mis héroes. En vez de esconder mi insuficiencia cultural, mi dependencia de la esfera inferior y los móviles personales de mi trabajo, como lo hacen otros autores, los desnudé con toda su crudeza y además demostré mi propia inconformidad con la forma de la obra: el lector puede ver cómo me enloquece la tiranía de las formas idiomáticas, el mecanismo de estilo, la construcción y la armonización de las partes, etc., etc... Así que **Ferdydurke** tiene un doble aspecto: por un lado es un relato y una novela, una descripción y, por otro, un acto de mi lucha personal con la forma. Aquí el autor, confesando su propia inmadurez, consigue —supongo— más soberanía y libertad frente a la forma y, al mismo tiempo, deja entrever el mecanismo de su inmadurez.

¡Uff! Este sería el esqueleto intelectual de **Ferdydurke**. Yo no soy ni filósofo, ni psicólogo, y pido disculpas por las eventuales fallas de exposición. Ni siquiera sé si mis puntos de vista son nuevos y originales, y eso no me preocupa porque no espero realizar descubrimientos, sino proyectar al exterior con la mayor energía posible todo cúmulo de asuntos, que, indudablemente, me hicieron sufrir mucho. Cada uno se queja de lo que le duele y yo hago lo mismo. Me cuidó muchísimo que mi voz no suene nunca como la de un "escritor", "filósofo", "poeta", "intelectualista", sino como la de una persona privada. En verdad, cuando empezaba **Ferdydurke** no sabía casi nada de esas

ideas y ellas me vinieron por sí mismas a medida que escribía. Al crear este poema orgullosamente práctico sabía sólo que debía emprender algo así como una "crítica desde abajo", y que llegaba la hora de arreglar cuentas tanto con el mundo superior como con el inferior, pues ambos me fastidiaban bastante. Y francamente me cuesta reducir una obra tan alocada en sus absurdos y desenfrenada en sus intenciones a un esqueleto seco, duro y rígido.

Me atrevo a creer que en todo caso la publicación de **Ferdydurke** en la América Latina tiene su razón de ser. Existen varias analogías entre la situación espiritual de Polonia y la de este continente. Aquí como allá el problema de la inmadurez cultural es palpitable. Aquí como allá el mayor esfuerzo de la literatura se pierde en imitar las "maduras" literaturas extranjeras. Aquí y allá los literatos se preocupan por todo menos por verificar sus derechos a escribir como escriben. En Polonia como en Sudamérica todos prefieren lamentarse de su condición inferior de menores y peores, en vez de aceptarla como un nuevo y fecundo punto de partida. Pero mientras en Polonia la formidable tensión de la vida echa por tierra toda esa "escuela literaria" (la palabra "escuela" está aquí plenamente justificada) la apacible existencia del feliz sudamericano le permite eludir la revisión básica de esas cuestiones, le induce a menudo al cultivo de cominerías estéticas e intelectuales, y un estéril formalismo sofoca toda expresión. Dudo mucho si mis razones serán compartidas por los maestros consagrados de ambas literaturas, pero fijo mis esperanzas en los maestros que están por nacer.

Esta traducción fue ejecutada por mí y sólo de lejos se parece al texto original. El lenguaje de **Ferdydurke** ofrece dificultades muy grandes para el traductor. Yo no domino bastante el castellano. Ni siquiera existe un diccionario castellano-polaco. En estas condiciones la tarea resultó tan ardua como, digamos, oscura, y fue llevada a cabo a ciegas —sólo gracias a la noble y eficaz ayuda de varios hijos de este continente, conmovidos por la parálisis idiomática de un pobre extranjero. (. . .)

¡Me alegro que **Ferdydurke** haya nacido en castellano de tal modo, y no en los tristes

talleres del comercio libresco! Todavía una palabra: a lo mejor el libro pasará desapercibido, pero seguramente algunas personas de mi amistad se sentirán obligadas a decirme una o dos frases, de esas que siempre se dicen cuando un autor publica un libro. Quisiera pedirles que no digan nada. No, no digan nada, porque debido a toda clase de falsificaciones, la situación social del así llamado "artista", se ha vuelto en nuestros tiempos tan pretenciosa que todo lo que se le pueda decir suena a falso y, cuanta más sinceridad y sencillez pongáis en vuestro "me gustó muchísimo" o "estoy encantado", tanta más vergüenza para él y para vosotros. Calláos,

pues, os lo ruego. Calláos en espera de un futuro mejor. Por el momento —si queréis expresar que os gustó—, tocad sencillamente, al verme, vuestra oreja derecha. Si os agarráis la oreja izquierda sabré que no os agradó, y la nariz significaría que vuestro juicio está en el medio. Con un leve y discreto movimiento de la mano agradeceré esta atención para con mi obra y así evitando situaciones incómodas y aún ridículas, nos comprendemos en silencio. Muchos saludos a todos.

WITOLD GOMBROWICZ
Buenos Aires, 1947

TODAS LAS LLAMAS, de María C. GARAY (Buenos Aires: Editorial Cuarto Poder, 1977).

Anticipada elegía

Está bien / todo está bien / mientras te apoyas en la luz disuelto en ella / en la palabra individual y tierna / en el instante en que la eternidad te mide en alma lúcida / en la espiga interior de tu soledad sin aire pero viva / en el anhelo al cual la sangre te responde / y en la sangre cantada a todo pájaro. // Está bien / todo está bien / aun mientras no puedas sostener al mundo y sostenerte / y tu paso no se acomode hacia el cielo / y el cielo no se acomode a tu llanto / y tu llanto no se acomode a tu razón / y tu razón no se acomode a tu grito / y tu grito no se acomode al eco / que se aleja desde que naciste. / Todo está bien así aunque padezcas. // Está bien / todo está bien / mientras no pienses en el misterio de tus huesos / que se sentarán un día y no se podrán levantar / que se acostarán para no volver a sentarse / y con ellos has de seguir acostado / mas no dormido / tampoco despierto. / Todo en ti olvidado / hasta el olvido. / Ahogado todo en ti, / hasta el silencio. / Y sin embargo / así todo también estará bien.

ROBERTO JUARROZ

POESIA VERTICAL - Nuevos Poemas

4

Las propiedades intercambiables de las cosas deben ser lo más importante, porque aquéllas que no pueden cambiarse tienen ya su lugar adjudicado, sabemos dónde encontrarlas y no corren más riesgo que su propio mutismo.

Las otras, al contrario, frecuentan la intemperie, deshacen y rehacen el mundo, garantizan su inconsistencia y lo relevan de sus fidelidades: una frente puede cansarse de estar adelante e irse hacia atrás, una piedra puede volverse líquida o la muerte, transformarse en anterior a la vida.

Las cualidades flotantes, las que no se adhieren y hasta tal vez nos hieren o se hieren, andan buscando algo, como si ellas no fueran atributos.

Y así son la mejor ilustración del encuentro sin condiciones que aún nos falta.

Edic. Mano de Obra, 1981.

CARMEN BRUNA

NOS CONMUEVE PENSAR

A la memoria de un niño ahogado en el centro
materno infantil de C. de la Sierra, un día triste,
como eran tristes todos los días para los pobres,
allá en Misiones.

No había para ellos ningún dios clemente.

Nos conmueve pensar en la violeta efímera,
en las hojas muertas de los cascabeles del verano,
en las primaveras ahogadas hace tiempo,
en los negros pozos vegetales
que contenían una inclemente inocencia torturada,
no podemos olvidar que estamos de paso,
que la marea arrastra nuestros huesos
ya perdidos de la caliente sangre
y de las moribundas aguas vivas
transparentes columpios asesinados en la arena
entre un collar de luciérnagas espumosas,
no podemos olvidar los rostros amados
prendidos en las ramas de la orilla,
no podemos dejar de pensar
en nuestro corazón parado para siempre,
frío de todos los hielos,
transmutado lejos de toda infancia
sin mar y sin constelaciones.

ELLA DIALOGABA CON EL CIELO

Ella dialogaba con el cielo de ceniza que cubre el mar,
con el jardín despoblado y sus violetas oscuras
todos sus anillos se habían perdido en la superficie de
los espejos;
cuando llegaba la noche
soñaba con grandes representaciones teatrales,
con eclipses y con catástrofes
suspendidas provisoriamente en los caireles;
soñaba con la resurrección,
con los viajes dolorosos del conocimiento,
con el musgo húmedo que recubre la corteza de algu-
nos árboles,
con su esqueleto adolescente recuperado tras largos
años de abandono,
con su epidermis sangrienta manchada de corales,
con sus ojos riéndose y llorando
en una infancia donde los palomares
alojaban palomas de dulce cuello rendido
a la cuchilla feroz de los verdugos.

(de su libro **Bodas**,
Buenos Aires: Ediciones El Lorraine, 1981)

**CELIA
GOURINSKI**

De su libro **Acaso la tierra**,
(Buenos Aires: Botella al mar, 1981)

LOS ELEMENTOS

fuego aire agua tierra
violada estoy por memorias que escapan a
mi ser
poco me pertenezco
seré de la espuma de las lejanas orgías del
mono y la serpiente
de la lava y del mar
me acerco temprano
cuidado
estoy durmiendo
despierto en un sueño que sueña
extraño la tierra
padre, madre, hermano crucial
vacíame de una historia para entree y otra
vez salir
y salir si puedo
recordar a manera de comienzo
oh pertenezco a constelaciones
más incógnitas
en las medidas de un hombre
más motivadas que su veneno miel
nada puede el fuego con las cenizas

RECUERDO

es duro el espacio entre el amor y la mori-
bunda;
ella clama la duración, el pequeño secreto de
la vida
ella implora a los cielos de mercurio la viden-
cia deteriorada del que agoniza
y le contesta una piedra, un río, un vacío de
héroes y olores diferentes
amor amor: tu ejército alimentado de la ma-
gia de los cuerpos, cae como un astro, salpi-
ca el rostro más irrespetuoso, sabe tomar el
mejor de los vinos
y calla
la moribunda aplaude el carnaval de los llo-
rones
su primer nacimiento reclama su espacio por
primera vez.

PEZ

mi origen no está en ti, madre
el monte altísimo un bautismo desde antes,
palabra definitiva
locura con razón, con dolor, hábil retorno a
la fiesta de un nacimiento forzado por la na-
tureza de voluptuosas cuevas presentes
qué es el tiempo sino una averiguación del
vacío ornamentado
de un presente que acaba
quizás ángel de los abismos.

A SOLAS CON EL VIENTO, de Roberto
SICILIANO (Buenos Aires: Ediciones Bote-
lla al Mar, 1981).

TESS

"¿Qué vértigo / te da la tentación de la des-
gracia?" // ¿Qué raíz de malestar se ahinca
/ en los pacientes vestigios de la carne / y la
azuza hasta la consumación? // ¿Qué des-
tino incuestionable la irisa / a cara descu-
bierta tras el velado roer / del tiempo y sus
navíos? // ¿Qué conjuros hacen su ronda
desde siempre / para expulsar a los confiados
ángeles? / ¿Qué resignado acople / verde y
púber con pócimas amargas / se endiaba y
confabula hasta la desolación? // ¿Qué vene-
nosa pátina recubre / tanta grácil manera
irremediamente?

OFICIO DEL FUEGO, de Carlos VLADI-
MIRSKY (Buenos Aires: Fundación Argen-
tina para la Poesía, 1981).

Oficio del Fuego

I. Has / asumido / la música // hoy / ayer / y
siempre. // Guardas / en tus hilos / la mirada
/ del mar. // Tu casa / es tibia. // Tu color /
no es muerte. // Tienes cavidades, / secretos.
// Un aroma / a sueño. / Reina del cielo. //
Bautizas / mi historia / y mi nombre // con
tu despertar / lento. // Tus manos / hieren
mis horas. // La soledad / es tu carne. // Des-
nuda / muerte / tu mirada. // Pasión / son tus
manos. // II. Hago ríos / en tu nombre, / ma-
res / en tu aliento. // Tu alma / no es muer-
te. // III. Eres / este minuto / oculto / que
llaman / mis ojos. // Un fuego constante /
entre el delirio / y la soledad.

OCCIDENTE, de Horacio Félix Herrera (Córdoba; inédito).

Occidente o un bajel imperial / botado por los griegos. // El gastado océano ha enloquecido. / Las aguas seniles / giran sin sentido / en un babélico desorden, / ya no obedecen a la luna. / La zozobra es inminente, / el capitán lo sabe, / el capellán / y la tripulación también. / Al capitán lo han seducido / los cantos de las sirenas, / borracho en su camarote / masculla fragmentos / en menguados exámetros. / El capellán / abrazado al mástil / ya no quiere bendecir. / Los desamparados marineros / gritan y maldicen / en múltiples lenguas: / alemán, inglés, francés, / italiano, español... / la confusión es total. / Nadie se entiende, / nadie se lamenta, / nadie reza. / La noche avanza inexorable; / la nave comienza a hundirse. / Uno tenido por demente grita: / ¡ Los botes, los salvavidas!! / Pobre... agorero... / no sabe lo que dice. // Al amanecer las aves de rapiña / revolotean el lugar.

FUGACIDAD DEL LIMITE, de Beatriz ALVAREZ (Buenos Aires: Ediciones Botella al Mar, 1981).

ANNA

"Habías vivido siempre como un insecto en un enjambre de insectos."

Natalia Guinzburg

Eras casi un insecto, / un alfiler de musgo / sin agujas. / Una mujer puesta en el manso / aire de los días, / al amparo de la escarpada hoja solitaria. // Encima de los soplos alguien te amó, / cerrada mariposa, hurtando los ayeres, / temiendo que volaras entre la cacería o el enjambre. // Oh tímido follaje, / por qué me atemoriza / la tiniebla del césped, / contemplando este derrumbe vano del aliento. // ¿Dónde vas, inmóvil estatuilla sin esferas, / sumiso caracol, / amarrado gusano de las lunas? // Sombra, despojo, escarcha. / La eternidad se escapa en detenciones.

PALABRAS INCANDESCENTES, de María Luz MAGGI (extraído de Memoria & Balance 1):

Son de fuego / y así arden / estallan / rompen los cielos de la lentitud / y se alzan / para estremecer. / Son de fuego / y así crepitan / iluminan / se derrumban / y vuelven a arder. / Después / alguien las buscará / para tenderse cerca / al abrigo / de las últimas brasas / aún a sabiendas / de un final de ceniza.

LEJANAS HOGUERAS (Buenos Aires: Ediciones Botella al Mar, 1981) y MAREAS DEL TIEMPO (Buenos Aires: Fundación Argentina para la Poesía, 1981), de Antonio ALIBERTI.

Saludo al amigo

a R. S.

No es que a veces me olvide, / sólo que hoy te recuerdo más / y no resisto a la vieja costumbre de saludarte; / decirte por ejemplo que aquí estoy, / con mis castillos de arena intactos / (cuando sopla fuerte el viento, uno sopla más); / con dos hijos que crecen como el abrazo / que guardo en el pecho desde aquel día; / que nadie ha borrado tu nombre / y sigue habiendo una silla / con las formas de tu cuerpo y tu calor. / (Si alguien dijera que no estás, ¿qué probaría? / Puede más tu voz, como una herida que no tiene cura). / Para cuando vuelvas / —en un cuarto del mundo— / se encenderá otra vez la mesa / para reanudar la charla que dejamos inconclusa: / ambos nos miraremos desde ventanas abiertas. / No falta mucho: al irte, no dijiste adiós.

MANERAS DE LUCHAR, de Rubén VELA (Buenos Aires: Fundación Argentina para la Poesía, 1981).

El rey que rabió

Este es mi oficio, mi ineludible oficio. / Escuchar hacia adentro. / Convertir el silencio / en aire respirable, / vivir en soledad. // Y sin embargo / nada es posible sin el mundo. / Nada es posible detrás de estas rejas. // Así es el reino que otros envidian. / Prisioneros de la libertad lo habitan. / Esclavos de las palabras lo sostienen. // Nadie es libre allí salvo el poema.

ELLA, de Luis F. HOULIN (extraído de Memoria & Balance 1; Buenos Aires, 1981):

Persiste en la distancia / su condena / Soy el raro el extranjero / peregrino sin opción / al confín de los cuerpos extraños / los remotos parajes de otros sexos / Un asfixiante clima de amor profanado / alimenta su memoria / con la nostalgia en los ojos / de nuestros niños / La inalcanzable / la definitivamente perdida / está en el fondo de todas mis cosas / Y en el origen / Para siempre asoma bajo la última luz / negándome hasta su sombra / Y sonrío / Ella siente Ella sabe / Esté donde esté aquel día / vendrá a cerrarme los ojos / aunque se haya ido antes / Dulce fuego amargo / su no amor me salva

DIAS NAUFRAGOS

Yo he cambiado el sentido de los días,
dejo que pasen y me devuelvan lo que falta
del futuro y así los transito de retorno
adonde voy porque ellos van conmigo.

Después que el calendario los deshoja
yo soy su ley, su amanecer que ha muerto
es mío, sus mañanas que despiertan en mis ojos
ya no pasan, sus tardes ya no se van tan lejos
sobre el horizonte: yo las ato al crepúsculo
y en la inmóvil memoria un sol agonizante
alumbra restos cálidos de vida en el rescoldo
donde el tiempo quema lo que seca y el viento
al dispersar anima con su polen nuevos días.

Lo que aún no sé es cómo vivir los días que no vivo,
los días sin tardes ni mañanas, los días que son noches
bajo las nubes oscuras de su cielo que nunca se despeja
y me es indiferente saber si afuera hay luz: yo, adentro,
soy algo muerto y si salgo no sé ir de mí a las cosas
que me llaman como si debiera abrirme camino entre espesuras
infranqueables y yo soy el camino y me hago meta o cárcel
y la única ventana que podría forzar es un espejo.

Esos días los descuento, alguien por mí debió vivirlos
y yo no sé quién es: su calendario está lleno de noches
y de sombras y el enigma de sus pasos que me llaman
es como el recuerdo de un sueño que se borra y no es posible
revivirlos. Ninguna orilla se arrima al lugar del naufragio.

CARLOS VELAZCO

RONDA INVERNAL

Frío de metal en el dintel de la ventana
anunciando el destierro inminente de los astros,
la tensión de esta noche está en la quijada del asno
calcinada por el fuego en el comienzo de este tiempo,
de este tiempo en el tiempo donde no tañe la campana.
El humo no trae ningún mensaje, es una cifra negativa,
una premonición ineluctable: dientes incisivos de la muerte
al mediodía de la ventana, colmillos de raposa
donde la muerte sangra, cabezas de marionetas
que quebrantadas cuelgan en la soledad de la ventana.
Frío de metal en el abandono de los días
que se abren con duro resplandor en la memoria,
hay nubes detenidas, un entrañable desamparo
en el rostro infantil que atraparon las aguas
corruptas del pozo que hace tiempo fue cegado;
una luna gime en su osario de afiladas astillas
y la sombra de un hermano desciende cada noche
con el recuerdo de una canción petrificada en las bocas
redondas y vacías. No vuelvas más
a perturbar la hora, ronda invernal
que danzaste en torno a la higuera de un atardecer de antaño.

tus voces son arteros puñales, las risas gemidos
que el viento conjura y agita en las hogueras de mayo,
deja que la mirada pueda seguir otra vez el vuelo de un pájaro,
alcanzar una estrella, mirarse en el espejo cambiante
del agua; que los muertos entierren sus muertos,
que otro viento avente las cenizas en el umbral de la casa,
ahuyente el húmedo hocico que acecha cada mañana
en la calle donde comienza el silencio,
y traiga la paz de un día, uno solo entre tantos,
para que resplandezca la ronda
entre la niebla ilusoria que oculta ese árbol sagrado.

ROGELIO BAZAN

(ambos poemas pertenecen a la antología
Poesía de un tiempo indigente ; Buenos
Aires: Plus Ultra, 1981)

SYLVIA CAGLIOLO: ¿FLOR O CALIZ?

Lágrimas y voces creando el silencio y la desolación. Entre las ruinas, el sol grita y calcina los labios, reseca la piel hasta romperla en mil fragmentos de vida. Las fuerzas se agotan hasta el alma, se respira como un aletear de pájaros, se es prisionero a perpetuidad en una celda de huesos secos y amarillos.

Sí. Estoy aquí. Estoy presente en el desierto. Soy parte del despojo y de las ruinas. Siento placer por las sombras. Por ninguna sombra. Por las luces negras y azules, por las luces frías. Por ninguna luz.

Luego, serenamente, cuando el sol se apaga en un horizonte piadoso de esperanza; el pensamiento pausado, los recuerdos lentos me llevan a una infancia bronceada de arena y de agua. El cabello negro de una niña de diez años jugando con el viento. (En alguna parte siempre sopla una brisa breve.) Las pestañas entrelazadas como dedos. Los sueños vagos.

Quiero recordar las palabras. Una sola palabra. Pero la sangre corre rápido por las venas de mi cuello, de mis tobillos, de mi almohada blanca. Y late. Late en los oídos con el ruido de un tren, en la cabeza repitiendo la música de moda, en el estómago con un rumor vacío de tic-tac de reloj y canción patria.

Y de nuevo en el desierto. El sol hiere el rostro golpeando como un tambor histérico. Vuelvo a ser una mujer fascinada, involuntariamente atada a este silencio que castiga leve, tan leve y punzante como la punta de un alfiler rozando el cielo.

El sol lastima la carne como tus dientes en ese solo verano, ilusorio de amor. Y mi cuerpo —profundo y seco vaso sin vino— se abre rojo de sangre y sed.

¿Flor o cáliz, este cuerpo vacío?

(de su libro **Ultima piel**;
Buenos Aires: Editorial Sitio del Silencio, 1981)

EDICIONES DE POESIA ULTIMO REINO

Títulos publicados: 1. *HOMENAJES*, de Víctor Redondo; 2. *FRAGMENTOS ORFICOS*, de Horacio Zabaljauregui; 3. *LA CANCION DE OCCIDENTE*, de Mario Morales.

En prensa: *CANTO DE EURIDICE*, de Graciela Maturo; *MONTAÑA SOBRE TRUENO*, de Mónica Giráldez.

POEMA

Una fragancia que es parte de un pájaro y de
la tierra moribunda
trae hasta ti al tiempo ya muerto
y al polvo del camino:
aquello forjado con sangre y con palabras
en un estéril intento de conquistar la eternidad
a través del viento de tu cuerpo.
Hoy eres la estrella que oscurece el vaso
y la hoja sobre la que brilla mi espada.
Comprende, amor, que junto a la luz
y al oculto origen estuvo y danzará
la quieta presencia de la muerte:
qué sabes de ella sino que enloquecerá al ciego
y al que huye.

El trabajo que en la noche ejecutas
abre a los sentidos la divina contemplación
de la destrucción y el fuego
cuando otro canto atraviesa el húmedo aire
y la memoria de los cielos
cuando del dolor y la piedad nace la verdad
de los hombres
porque existe todavía, la grandeza de dejarlo
todo.

Comprende amor, este coro tácito de lenguajes
el destino, ejercicio sucesivo de los muertos
esta fuga de ángeles
este encuentro con la nada.

RUBEN SANTILLAN

JULIO BEPRE

DE UNA VASTA MEMORIA

Es imposible volver a otro comienzo,
pues nadie puede renacer
ni pasa igual por el lugar de antes.
Por la ventana atisbo un jardín encerrado
y esa impasible espera demorando su fronda.
(Una pequeña higuera detrás del emparrado,
un limonero, un jazmín embriagante
y el crecido pasto que clama limitarlo.)
Escucho ahora los ruidos de una radio,
la decidida algarabía de los niños
y el seco golpe de una puerta al cerrarse.
Y aunque nada más sé de lo que existe afuera,
en mí crece la furia de una vasta memoria:
saber que estoy vivo y que descanso para
volver luego a salir y seguir preguntando
si es posible un nuevo nacimiento.

De *Rastro de la Proximidad*,
(Corregidor, 1981)

LA CUESTA DEL AGUA, Hojas del pensamiento poético, es una publicación del Centro de Estudios Latinoamericanos dirigida por Eduardo A. Azcuy, que se propone, entre otras cosas, establecer un mayor intercambio poético entre Argentina y Uruguay, publicando alternadamente a poetas de ambos países. En su número uno reproduce un "Manifiesto a los poetas" firmado por Graciela Maturo y el mismo Azcuy. En los tres números siguientes publica poemas de Noemí Paz, Norma Perez Martín y de la uruguayaya Marosa Di Giorgio. Publicó, además, textos teóricos de Novalis, Heidegger, Sábato, Saint John Perse, Romano Guardini y Rilke. Para comunicarse con LA CUESTA DEL AGUA: Caracas 459, 1º D, (1406) Buenos Aires.



OTROS LIBROS RECIBIDOS

LA RAZ DEL VUELO, de Rafael Roldán Auzqui (Ediciones Días Bagú, Colección Laurel, Córdoba, 1981). LUGAR COMUN: Antología de Boido, Freidemberg, Grus, Kamenszain, Kovadloff, Pichón Rivière, Muñoz y Ricardo (Edic. El escarabajo de oro, Bs. As., 1981). DISEÑO DE CONVERGENCIAS y SECUENCIA DEL ABSURDO, de Graciela Susana Puente (Botella al Mar, Bs. As., 1980 y 1981, respect.). EL SILENCIO EN LLAMAS, de Darío Di Giambatista (Edic. El Abismo y la Estrella, Bs. As., 1981). CODIGOS, de Carlos Vitale (Edic. Poemas al Paso, Bs. As., 1981). PANTEON DE LOS HEROES, de Hermenegildo Sábat (Editores Cuatro, Bs. As., 1981).

Colección de Poesía El Buho Encantado, plaquetas con poemas de Hugo Padeletti, Saúl Pérez Gadea, Irma Peirano, Raúl García Brarda, Víctor Miguel Pesce, Carlos Piccioni, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio E. Gandolfo y Francisco Gandolfo (Ocampo 1812, 2000 - Rosario, Argentina).

Del Uruguay: HEMISFERIOS DE SILENCIO, de Rafael Gomensoro Riverós (MZ Editor, Montevideo, 1981). LOS OJOS AZORADOS, de Angel Hector Azeves (Ediciones Remitido, Montevideo). ORO, de Humberto Benitez Casco (Edic. del autor, Montevideo, 1981). PARIS POSTUMO, de Hugo Giovanetti Viola (Ediciones de la Balanza, Montevideo, 1981). EN EL NOMBRE DEL TRIGO, de Rolando Faget (Ediciones del Mirador, Montevideo, 1981). CONTEMPLACION DE LA DANZA, y POEMAS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, de Gregorio Rivero Iturralde (Edic. del autor, Montevideo, 1981).

NUESTRO RECONOCIMIENTO PARA

Horacio Laitano, Graciela Fraccino, María del Carmen

Colombo, Fernando Copello, Marcos Britos, Héctor Dante Cincotta, Roberto Lacombe, Sergio Schemper, Alfredo Vento, Carlos Aíberto Dávila, Irma Galli, Francisco Alfí-Brouchoud, René Palacios More, Ana Emilia Lahitte, Alberto Luis Ponzo, Alvaro Diez Astete, Frank O'Hara, Susana Szwarc, Francisco (Paco) Redondo, Alejandrina Devescovi, Elida Manselli, Libertad Demitrópulos, Enrique Blanchard, Irene Marks, Iti van Dijk, los diarios Pregón (San Salvador de Jujuy) y Democracia (Villa Dolores, Córdoba), y a Daniel Chirom y Jorge Ricardo, organizadores de las reuniones de "POESIA VIVA" que se realizan los días jueves, 21 horas, en *La Peluquería*, Bolívar 949, Capital.

REVISTAS RECIBIDAS

INVISIBLE (Catamarca 3566, 3000 - Santa Fe). NOESIS 3 (Casilla de Correo 31, 1603 - Villa Martelli, Bs. As.). QUIJOTE 3 (sin mención de dirección). REVISTA DE POESIA (Ramón Freire 1049, P.B. 'D', Bs. As.). PLANETA GNOMO 6 (Camarones 5857, 1408 - Bs. As.). ACENTO 1 (Cerrito 1154, 6º, 1010 - Bs. As.). RETRUCO 2 (C.C. 191, Suc. 3, 1403 - Bs. As.). ARKAM 2 (Libertad 836, 3º 65, 1012 - Bs. As.). EXTRAMUROS 8 (Leandro N. Alem 560, 1646 - San Fernando, Bs. As.). ALTERNATIVA CULTURA 2 (Bustamante 1048, 1832 - Lomas de Zamora, Bs. As.). AMARU 14 (Casilla de Correo 33, 1824 - Suc. Lanús O, Bs. As.). SATURA nov. dic. 81 (Céspedes 2462, 1426 - Bs. As.). MANXA 16 (General Rêy, 10, Bloque IV, 1º D, Ciudad Real, España). ZONA FRANCA 25 (Apartado 76978, El Marqués, Caracas, Venezuela).

NOTA DE LOS AUTORES:

EDUARDO ALVAREZ TUÑÓN: Nació en Buenos Aires el 16 de abril de 1957. Publicó: **Pueblos entre la mano y el árbol** (Edit. La rosa blindada, 1976) y **El amor, la muerte, y lo que llega a las ciudades** (Edic. Stephen & Bloom, 1980). Obra inédita: **La memoria y el viento** (teatro).

GUILLERMO ROIG: ver Nota en Ultimo Reino 4.

JORGE ZUNINO: ver Nota en Ultimo Reino 5. Los tres fragmentos pertenecen al poema "La Torre del Crepúsculo", que Ediciones Ultimo Reino publicará el año próximo.

HECTOR INFANTINO: Nació en Buenos Aires en 1952. El presente poema pertenece al libro inédito del mismo nombre, de futura aparición en Ediciones Ultimo Reino.

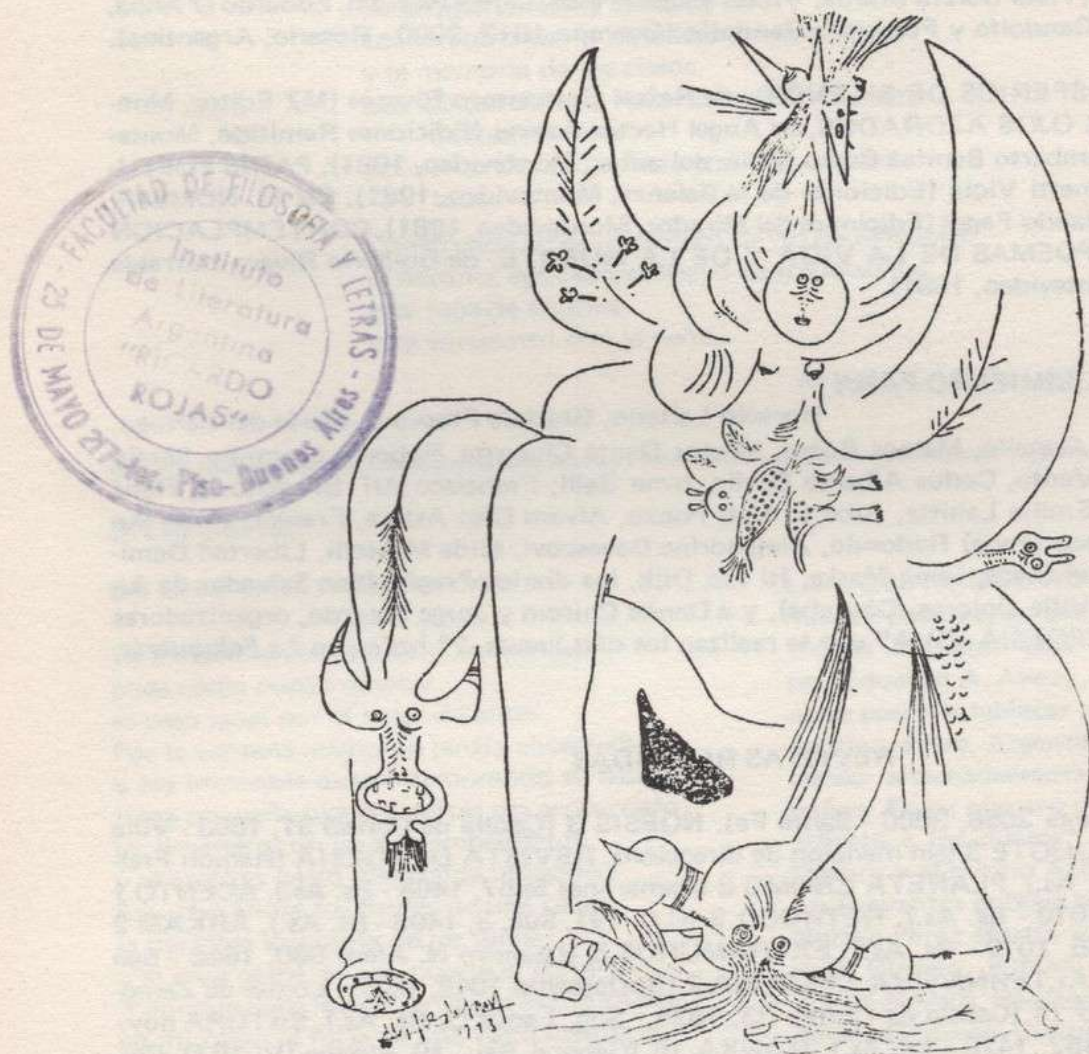


Ilustración de Wilfredo Lam, de 1943
para la edición cubana de los versos de Aimé Cesaire.

UN SISTEMA POETICO DEL MUNDO PUEDE REEMPLAZAR A LA religión, se constituye en religión. Ese fue el esplendor de aquel *quia absurdum*, porque es absurdo, del catolicismo de los primeros siglos. Si la metáfora como fragmento y la imagen como incesante evaporación, logran establecer las coordenadas entre su absurdo y su gravitación, tendríamos el nuevo sistema poético, es decir, la más segura marcha hacia la religiosidad de un cuerpo que se restituye y se abandona a su misterio. El que logre disolver, decía un experimentalista como el canciller Bacon, que no podía olvidar la alquimia, la mirra en la sangre, vencerá al tiempo. Si la poesía logra disolver la mirra, es decir, la alabanza, en la circunstancialidad de la sangre, el espíritu renacerá de nuevo en la alegría creada. Así si un día el demoníaco William Blake pudo exclamar que el Espíritu Santo es el vacío, hoy la poesía, al pretender saltar de la cárcel de la palabra anterior y su identidad, busca por medio de la alegría de una nueva alianza salvarse de la meditación de la muerte. La muerte devorada por la sistematización de un nuevo absurdo poético, la visión y la acción de gloria y alabanza en el halo de la paz estival.

José Lezama Lima



JOSE CARLOS BECERRA

PREPARATIVOS

PARA PASAR LA NOCHE

EN UN ESPEJO



RAGTIME

a Héctor Raúl Valero

Hablar, tal vez hablar en los devoramientos del alba, en las cenizas frías, en las constancias que no habrá de leer nadie;
hablar en el mismo espacio de una voz que no llegó hasta estas palabras, que se perdió en el ruido de una frase como ésta;
hablar donde respira aquello que ocultamos,
crímenes que cometieron por nosotros los hombres de otra historia, la historia de nosotros mismos.

No usurpa la madrugada aquel que roe su amor,
aquel que conoce de cerca la risa de la hiena, la cama sin orillas del moribundo,
la ratonera donde los aspirantes a reyes colocan su angustia como un pedazo de queso.

He aquí mi parte en este festín de polvo,
en esta llamarada donde me quemo los dedos al escribir dudando de lo que digo,
temblando por no hundirme en el sopor de ciertas palabras que me llegan al cuello.

He aquí mi parte, he aquí mi parte en este esfuerzo por destetarnos de la muerte,
por bebernos el agua de otras circunstancias, de otra historia donde la ociosidad es bien intencionada.

He aquí mi parte, ahora que la ciudad comienza a hacer hablar sus vertederos,
en mi alma se ha echado un animal tranquilo y melancólico.

Contadme un poco de mí: quiero aprender a hablar de ustedes.

Cada palabra que llega a mis labios le abre la puerta a una frase cubierta de polvo,
un mensajero que sin limpiarse de las botas el lodo del camino, entra y se sienta a mirarme;

cada palabra que llega a mis labios me trae un oscuro mensaje
de aquella, la Palabra desconocida y presentida, que yo sigo esperando.

Y ahora lo que digo me lleva en sus aguas, me hace girar levemente en un pequeño remolino,

el ritmo del azar solventa mis labios, los sonidos empequeñecen allí donde habrán de ponerse de pie,

las apariciones atraviesan el patio en silencio.

Pero, ¿qué clase de espuma vela sobre mi rostro?

Pero, ¿qué clase de espuma vela delicadamente mis argumentos?

¿Qué clase de arcilla pesa sobre mi lengua como una historia
muerta en el umbral de su propio veredicto?

El camino de los ríos es esta manera de mirarnos,

de sujetarnos por un momento en los rostros, en el amor, en los nombres.

con manos menos hondas que el océano.

Y sin embargo, de alguna manera todos lo sabíamos;
el mar abre sus ventanas para que los ahogados se asomen a vernos,
y hay tantas caras que nos parecen conocidas agolpándose en los marcos,
luchando por mirarnos, por respirar un poco hacia nosotros,
que la invención de la noche ya no está en las manos de los dioses,
sino en las manos unidas de los vivos y los muertos.

Y ya nuestros fantasmas se sientan en los amplios salones del otoño a esperarnos,
la noche iza sus velas, y en el puente de mando un extranjero
pervierte y hace reír a nuestras madres, a nuestras esposas y a nuestras doncellas.

La sangre huele a la sangre y el viento no pasa dos veces por el mismo árbol,
la ciudad florece en sus luces como la herida de un niño,
la ceniza del pantano es oro puro.

Y el traspíe de un borracho en la calle silenciosa y oscura, parte en dos la memoria
del escriba;
la mano vacila a la luz de esa sangre seca, la exclamación se disuelve en sus puntos
suspensivos
oscurecen las cosas nombradas y allí mismo la frase rompe sus lazos con lo que sola-
mente basta al lenguaje;
ese traspíe parte en dos la canción de la mujer que peina su alma antes de entrar al
lecho solitario,
y parte también el tiempo de la noche como el vaso que cae de la mano de algún
niño asustado.

Parte en dos la ciudad, parte en dos la frase donde el recuerdo y el acto se alternan
brevemente,
parte en dos la palabra, y así dividida se refleja en sí misma,
parte en dos el esfuerzo de los amantes por tocarse, por alcanzarse, y en esa interrup-
ción tal vez se encuentren.

Parte en dos lo que estaba partido, lo que no podía tocarse porque habíamos olvida-
do su nombre, su devoción a sí mismo;
parte en dos la ciudad, parte en dos el traspíe de otro borracho en otra calle silen-
ciosa y oscura,
y un tranvía, con todas las luces encendidas, se detiene vacío junto a nosotros en
la esquina,
y con señas que bien comprendemos, el conductor nos exige que le entreguemos
nuestros muertos, ya que sólo él habrá de conducirlos.

Pero hay algo sin embargo en el lodo y en la mirada de aquel que tortura su lengua
describiendo la muerte,
hay algo sin embargo en el lodo y en la palabra de aquel que ha escuchado el por-
tazo del vacío,
hay algo dulce y obstinado en las oscuras manchas de sal que el amanecer deja en
los rostros de los recién llegados a los puertos,

hay algo en el alcanfor donde la ropa vieja se pudre invisiblemente,
sin ostentaciones orgánicas, sin combates sangrientos;
hay algo que sobrepasa al recuerdo, hay algo que llega frente a nosotros.
No importa si las lágrimas enseñan sus dientes menudos, esa débil mordida en las
mejillas es como una palmada en el alma;
así bajamos el rostro, nos gustaría detenemos, bajamos la voz por un pozo vacío,
y hay un parpadeo de ciudades, un movimiento de vísceras en la energía de aquellos
que despiertan sin descifrar sus sueños.

La noche va arrojando sus coronas al mar,
y la ciudad, apoyada en sus muros, sentada en el polvo,
le dictará al escriba, y el traspie de un borracho en una calle silenciosa y oscura
partirá en dos su frase.

Ahora escuchen el paso de las ratas por las leyes,
escuchen el paso de las ratas por los estantes de libros, por las firmas de los gober-
nantes,
y escuchen también el viaje de los dormidos por sus aguas perdidas.

Mañana diré la palabra que amanece al día siguiente
flotando en los estanques.

Mañana diré la palabra que lucha
en el festín de los animales de invierno.

BATMAN

Recomenzando siempre el mismo discurso,
el escurrimiento sesgado del discurso, el lenguaje para distraer al silencio;
la persecución, la prosecución y el desnlace esperado por todos.
Aguardando siempre la misma señal,
el aviso del amor, de peligro, de como quieran llamarle.
(Quiero decir ese gran reflector encendido de pronto ...)

La noche enrojeciendo, la situación previa y el pacto previo enrojeciendo,
durante la sospecha de la gran visita, mientras las costras sagradas se desprenden
del cuerpo antiquísimo de la resurrección.

Quiero decir

el gran experimento.

Buscándole a Dios en las costillas la teoría de la costilla faltante,

y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos

porque las luces eternamente se apagan de pronto, mientras volvemos a insistir en

hablar a través de ese corto circuito,

de esa saliva interrumpida a lo largo de aquello que llamamos el cuerpo de Dios, el
deseo de luz encendida.

Llamando, llamando, llamando.

Llamando desde el radio portátil oculto en cualquier parte,

llamando al sueño con métodos ciertamente sofocantes, con artificios inútilmente
reales,

con sentimientos cuidadosa y desesperadamente elegidos,

con argumentos despellejados por el acometimiento que no se produce.

Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío, con el cable de alta tensión
del delirio.

(Acertijos empañados por el aliento de ciertas frases, de ciertos discursos acerca del
infinito.)

Recomenzando, pues, el mismo discurso,

recomenzando la misma conjetura,

el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,

el Divinal automóvil con las llantas ponchadas

entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos, que transitan Clásicamente
en sentidos contrarios.

Recomenzando, pues, la misma interrupción,

La pedorreta histórica de las llantas ponchadas,

el sofisma de cada resurrección,

el ancla oxidada de cada abrazo,

el movimiento desde adentro del deseo y el movimiento desde afuera de la palabra,

como dos gemelos que no se ponen de acuerdo para nacer,
como dos enfermeros que no se coordinan para levantar al mismo tiempo el cuerpo
del trapecista herido.

(Aquí el ingenio de la frase ganguea al advertir de pronto su sombrero de copa de
ilusionista;
ese jabón perfumado por la literatura con el cual nos lavamos las partes irreales del
cuerpo,
o sea el radio de acción de lo que llamamos el alma,
las vísceras sin clave precisa, los actos sin clave precisa,
la danza de los siete velos velada por la transparencia del dilema;
y por la noche, antes de acostarse,
la dentadura postiza en el vaso de agua,
la herida postiza en el vaso de agua, el deseo postizo en el vaso de agua.)

La señal... la señal... la señal...

Así sonríes sin embargo, confiando otra vez en tu discurso,
mirándote pasar en tus estatuas,
flotando nuevamente en tus palabras.
La señal, la señal, la señal,
Y entretanto paseas por tu habitación.
Sí, estás aguardando tan sólo el aviso,
ese anuncio de amor, de peligro, de como quieran llamarle,
ese gran reflector encendido de pronto en la noche.

Y entretanto miras tu capa,
contemplas tu traje y tu destreza cuidadosamente doblados sobre la silla, hechos
especialmente para ti,
para cuando la luz de ese gran reflector pidiendo tu ayuda, aparezca en el cielo noc-
turno,
solicitando tu presencia salvadora en el sitio del amor
o en el sitio del crimen.
Solicitando tu alimentación triunfante, tus aportaciones al progreso,
requiriendo tu rostro amaestrado por el esfuerzo de parecerse a alguien
que acaso fuiste tú mismo
o ese pequeño dios, levemente maniático,
que se orina en alguna parte cuando tú te contemplas en el espejo.

Miras por la ventana
y esperas...

La noche enrojecida asciende por encima de los edificios traspasando su propio res-
plandor rojizo,
dejando atrás las calles y las ventanas todavía encendidas,
dejando atrás los rostros de las muchachas que te gustaron,
dejando atrás la música de un radio encendido en algún sitio y lo que sentías cuando
escuchabas la música de un radio encendido en algún sitio.

Sigue la noche subiendo la noche,
y en cada uno de los peldaños que va pisando, una nueva criatura de la oscuridad
rompe sus cascarón de un picotazo,
y en sus alas que nada retienen, el vuelo balbucea los restos del peldaño o cascarón
diluido ya en aire;
y mientras tanto tú no llegas aún para salvarte y salvar a esa mujer
que según dices
debe ser salvada.

¿En qué sitio, en qué jadeo
el sueño recorre el apetito reconcentrado de los dormidos?
¿Qué ola es ésta, que al golpear contra el casco
hace que el marinero de guardia ponga atención por un momento, para decirse des-
pués que no era nada
y torne a pasearse por el cuarto, mirando de vez en cuando por la ventana las luces
dispersas de la calle?
¿Qué ir y venir está gastando el cuerpo de su andanza
contra el casco manchado, cubierto de parásitos marinos?

...porque de pronto has dejado de pasearte por la habitación.
¿Acaso escuchas realmente ese ruido? ¿Ese ruido viene del pasillo o viene de tu deseo?
(Cierta especie de ruido que tropieza con cierta especie de silencio dentro de ti,
como alguien que se topa con una silla al caminar a oscuras...)

¡Tal vez ya prendieron el reflector para pedirte auxilio!
¡Tal vez fue esa mujer quien lo encendió!

Pero no, todavía no,
nadie camina por el pasillo hacia tu puerta, nadie tropieza con una silla dentro de ti,
y allí están doblados tu traje de héroe y tus sentimientos de héroe,
listos para cuando entres en acción.
¿Pero por qué no han encendido ese gran reflector?
¿Es sólo el ascenso de la noche lo que deja sus cascarones rotos en el aire?
¿Qué criatura de la oscuridad picotea para que el aire tome forma de cascarón roto,
del peldaño dejado atrás?
¿Qué es aquello que detiene de súbito tus paseos por la habitación mientras te dices
"Acaso deba esperar otro rato"?

Y vuelves a asomarte por la ventana.
¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo rayándolo fugazmente con sus pequeñas
luces de navegación?
Y algo dentro de ti que tú crees que es la noche allá afuera,
cruje pisando cascarones rotos, peldaños donde el cuerpo de su andanza deja un hilo
finísimo de baba o soliloquio,
mientras retorna el fantasma de una mujer bandeado por la oscuridad
donde el mar se encaverna después del zarpazo,

y ese fantasma, que es la otra cara de la espuma, repite contra el casco del barco el
golpe del sueño
salpicando al silencio desde lejos.
Y vuelves a asomarte por la ventana.
¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo?
¿Qué es ese ruido que te hace mirar tu traje y tu antifaz,
y asomarte después por la ventana?

Ir y venir alrededor de una silla,
enrevesado viaje alrededor de una silla, guardando el equilibrio difícilmente
al caminar y girar sobre un hilo finísimo de saliva.

Ir y venir, hablaría alrededor de una silla donde está un extraño traje doblado,
ir y venir alrededor de un viejo y descompuesto automóvil que estorba el tráfico en
la carretera,
gestos entrecruzados, hablaría de ventanas y escaleras
labrando la estatua cuyo sentido griego vacila y se viene abajo en el trayecto entre
una ventana y un reflector que no se ha encendido,
mientras los cascarones rotos de la oscuridad crujen y se disuelven bajo el brusco
aleteo con que la oscuridad va impulsando la noche.

Y otra vez te paseas,
¿quieres desovillar el hilo de saliva, el hilo de palabras sobre el que te balanceas en
precario equilibrio?
¿En qué juego de tus frases, en qué humillante silencio has puesto el oído?
Y otra vez te paseas y otra vez te vuelves hacia la ventana,
pero ese resplandor... pero ese resplandor que descubres de pronto,
es el amanecer,
palidísimo gesto de esa luz entre los edificios, donde el silencio enhebra las pisadas
lejanas de todo lo nocturno.

¿Y ahora,
qué es lo que sientes que se aleja,
como alguien corriendo descalzo por la playa, entre la niebla que la luz va a ocupar?
¿Y en esa claridad en aumento, acaso puede todavía distinguirse
la señal de un reflector encendido?

Paseos alrededor de una silla donde está un extraño traje doblado,
monólogo alrededor de una silla donde está un simulacro en forma de traje doblado,
mientras el amanecer se deja llevar por su propia marea ascendente, y por el ruido
de las barredoras mecánicas y de los primeros camiones urbanos
que aparecen por las calles desiertas.

EL HALCON MALTES

A Carlos Monsiváis

Ahora, cuando tus sistemas de flotación se han reducido a tus retratos,
a las vías por donde vas desapareciendo de ti mismo, borrándote de aquello que
querías;
a tu resurrección le crece el mismo musgo que a tu cuerpo invisible atrapado por la
visibilidad de tu retrato, y todo aquello
que pensaste que amabas o simplemente odiaste de paso,
resplandece de nuevo fuera de ti en la piedra angular de otro escalofrío,
mientras alguien que cruza la puerta de salida de tus retratos, siente cómo la noche
reboza tu muerte en uno de esos bares situados
en el subsuelo de cualquier viejo edificio de la Tercera Avenida
al mismo tiempo que en otro lugar vuelven a encenderse
los reflectores que te iluminaban
o acopiaban la sombra de alguno de tus gestos, de tus meditados descensos al infierno,
donde el olor de la pólvora recubría a la figura que emerge del espejo
frente al cual disparabas tu pistola.

Reconstruyendo, pues, lo que te iba rodeando,
lo que ibas rodeando con la misma sobriedad de que se vale un alcohólico
para rastrear la soga de su miedo,
valiéndote del polvo que en tu mirada iban depositando los puñetazos
y la confusa humedad del amor;
el vaso de whisky en el centro de lo que callabas,
el viaje de la noche que alguno de aquellos reflectores reproducía en tu rostro,
el frío cañón de una 38 automática apoyado en la boca del estómago mientras la
boca de la nada parecía mordisquear el cañón,
y esa mujer de larguísimas piernas y rostro anguloso y voz recién salida del amor
o simplemente del humo de un cigarro,
contemplándote desde la penumbra del bar,
mientras era en su cuerpo donde el infinito desmadejaba el laberinto
que sustituye a veces al disparo de una pistola.

Ah sí, lo que tú codiciaste;
aquello que dejabas que tu rostro inventara,
aquello que no pasaron por alto tus puños y tu pistola, tu mueca y tu sonrisa inter-
minablemente mezcladas,
obsesionadas la una de la otra como dos locos puestos a tu servicio.
Sí, nada quedó de aquello
y tampoco de aquel despacho desde cuya ventana
podían mirarse, entre los rascacielos, los muelles de San Francisco.

Eran tus caprichos de luchador derrotado, era tu burlona mirada,
eran los espacios ocultos donde no cesabas de cicatrizar,
en cualquiera de aquellas escenas donde estabas a punto de cerrar la puerta a tus
espaldas anulándolo todo;
con el rostro magullado por los golpes y por las patadas,
buscando tú también aquel *Halcón Maltés* en el que nunca creíste,
porque tal vez era de mala suerte para encontrarlo creer en él,
o porque quizás la esperanza te hubiera conducido más rápidamente a esa derrota
que, pese a todo, nunca esperaste.

Sí, todas aquellas,
enfundadas en sus medias de seda,
enfundadas en su ronda de carne cuya espuma es necesario detener,
en sus vacíos de botella encontrada en el mar sin el imaginado mensaje,
todas aquellas se perdieron en otras que ya no te contemplan ni te esperan,
imágenes donde la penumbra de la sala de cine construye su nublada y salitrosa reu-
nión,
allí donde el dolor corrompe al asombro.

Ah, qué viejo, pero qué viejo se ha vuelto ese ring
donde tanto luchaste,
qué cansado se ha vuelto aquel heroísmo,
cuántos pasteles se elaboran con ello, y ya nadie
se los estrella a nadie en la cara como tú sabías
sutilmente hacerlo.

Pero observemos con atención ese ring vacío,
evitando la luz universal de los reflectores, observemos
esa blanca superficie vacía. Observemos,
simplemente los dados echados sobre esa superficie o mesa de juego,
simplemente los dados echados,
y los jugadores que acaso queden, ocultos
en la sombra, mirando los dados.
Y en esa inmovilidad, que es además la única explicación del movimiento, el único
molde del movimiento;
podremos sentirte a ti desapareciendo,
abandonado por tus sistemas de flotación y transcurso;
desapareciendo sin cesar por todos los límites y las colocaciones de esa mesa o super-
ficie que va a iluminarse,
a una distancia infinita de esa mesa
donde el movimiento vuelve a comenzar sin que el molde desaparezca por ello.
A una distancia infinita del ruido donde esos dados repiten la jugada,
asociando otra vez los hundimientos del sueño
con la suma donde los dados crían
ese vacío adherido a lo que va apareciendo.

Atrapado por el agujero en que te has convertido,
sin poderte salir pasando a través del ruido de esos dados que siguen rodando
por la mesa cuando tú ya te has levantado,
cuando sólo derivas hacia el lugar donde el vacío se hace visible;
a una distancia infinita de esa mujer que canta un viejo fox, *Night and day*, por
ejemplo,
junto al piano de un bar
—si es que dicha escena puede repetirse—
a una distancia infinita de esa canción y de esa voz elaborada “con lo mismo que se
fabrican los castillos en el aire...”

Son los preparativos para pasar la noche en un espejo,
sabiendo que con el agua del río del espejo, no se alcanza a ver el fondo del espejo,
el fondo del espejo que flota mejor.

Ha aquí el puro sueño en el campo espejante de la memoria,
el reflejo desgarrado por sus propias exigencias,
No aquí el arte que no habla donde pensar, reducido a su vocación de arte.
Navegación a ciegas, el tacto y el gusto están en esos ojos en que los labios se han con-
vertido.

EXPLORACIONES

No podemos retroceder, no podemos retroceder resbalando por aquel aceite de nosotros mismos.

Donde existía el plano ampliado de la gracia, el ruido de la puerta que duplica la imagen,

fracciones perceptibles al mínimo de un movimiento, saturación de los minutos que definen al tiempo relativo, es que no podemos,

es que no podemos retroceder hasta darnos de toques con el tiempo relativo del drama, con el cuerpo de la mujer que amamos un día,

con la idea del calor en el registro de la realidad de ese cuerpo.

Como consecuencia capital de esta búsqueda no podemos, no podemos retroceder surtiendo a Dios de fragancia, surtiendo nuestro retrato de fragancia de

Dios, de pesada armonía desmontable.

Que se vea en el infinito cerrarse una puerta sin escucharse el ruido que le corresponde es la imagen del tiempo relativo y es también la consecuencia del deseo de retroceso;

la mano evitando la aldaba o verdad compleja de lo sólido, de lo tocable, de lo que estaba allí hasta hace un rato,

la mano taimada que no confía sin embargo en el recuerdo y quiere solamente volver a tocar, volver a ser ella misma.

Uno y otro procedimientos desembocan en el cuchicheo del más acá, en el acto que recurre a las evaporaciones de la decadencia.

En su imponente papel de descubridor, el cuerpo del muerto cae rugiendo en la eternidad,

cae en la jaula de la eternidad y el ininterrumpido juego de lo imprevisto organiza el esfuerzo visual de guardar silencio hacia la imagen desempeñada por el

espacio de la experiencia del orden: la mano que no debe tocar sino aquello de toma,

la mano que no debe cerrarse sino en la sucesión de sus propias imágenes.

PREPARATIVOS PARA PASAR LA NOCHE EN UN ESPEJO

I

Echa chispas el vino que produce el espejo, y es borrosa la sed.

Imagen borrascosa que empaña la superficie dotada de máscara que su dueño volverá
contra sí mismo.

Fría caparazón de cristal que se resiste al ser pisada por esos pies que van avanzando
por la playa.

Fría caparazón de cristal que finalmente se vuelve espejo roto, hormiga muerta
transportada por otra viva.

Entre cortinas y susurros, despojos del cristal reflejante.

Entre susurros y gemidos que sostienen la sedería de la carne, aparecen los momen-
tos del río que demuestran el vértigo.

La máscara, al reconocerse, ya se ha vuelto contra sí misma.

El guerrero, que con la espada en alto sostenía a la mujer,
¿va a titubear?

En la intimidación por esta imagen, se recurre a la potencia del círculo inmóvil,
desde un mundo de ocelos amarillos, hasta las ruedas de una bicicleta, entre la ma-
leza de un antiguo y abandonado jardín,

mientras se escuchan risitas y cuchicheos de una niña.

Echa chispas el vino que ocasiona mirarse en el espejo
que una mujer presenta.

II

Y he aquí el puro deseo sin el curso del cuerpo,

porque en la contemplación del otro cuerpo la memoria levantó ese rumor o sitio
donde posarse.

Son los preparativos para pasar la noche en un espejo,

subiendo por esas aguas del río del espejo que no alcanzan aún al mar del espejo,
el limbo azul donde los ahogados decían que flotaban mejor.

He aquí el puro sueño sin el curso espejeante de la memoria,

el reflejo desgarrado por la descomposición inmovilizada por sus propias exigencias.

He aquí el aleteo que no halla donde posarse, reducido a su vocación de aleteo.

Navegación atroz, el tacto y el gusto están en esos ojos en que los labios se han con-
vertido,

gracias a la reducción de que se vale el reflejo, para que la memoria extravíe el sueño que la sostiene.

Las aguas arriba no bastan para no poder tocar el mar y sin embargo perderse. El movimiento de las aguas arriba no suspenden, no succionan ni empapan, sino que pesan sin moverse, pesan más todavía al desaparecer, y están ahí, clavadas para enturbiar el reflejo.

Sin el curso del cuerpo,
el deseo escogerá la tela que la araña combina con el movimiento propio del propio deseo,
que es la raíz de su saliva y de todo segregar para armar laberintos.
Boca que habla y traslada sin parar y sin pasar,
frente a ese reflejo que la transforma en tela de araña que la refleja en saliva de araña que la contiene.

Sin el curso del cuerpo,
el deseo realiza los preparativos para pasar la noche en un espejo, en cuyas aguas arriba el vacío tendrá en su poder a la creación,
al mar que sin golpear existe, al mar que sin mojar abarca,
el mar que aparece en los ojos que no ven el cuerpo que desesperadamente necesitan revelar.

III

Estuche doble en metal dorado, con espejo interior y bordes rojos,
donde pueda escucharse la melodía,
la forma que la casualidad ennoblece con modos de inspiración variada:
el salto de la gacela ensombreciendo la infancia, recuperada a base de no hurtarle el bulto a los muertos.

En la duplicidad donde aparece un tercero,
juego de clandestinas tiranías.
Arcángeles arrancados con todo y raíz de su vuelo,
estatuas obstaculizadas por el material de que están hechas, jamás podrán responder a la invitación de las alas.

Viviendo la postura de la exhaustividad,
manejando con precisión los elementos combinatorios del espejo;
la infancia, sí, el diálogo de persecuciones y prosecuciones impuras en la bandeja de las invitaciones al jardín abandonado.

Aquella niña separando los muslos, para que Dédalo comience la obra que el espejo usará como reducto,
entre las altas yerbas, junto a su bicicleta reclinada en un tronco,
vendrá cuando el exilio deje la puerta abierta
al jaguar que rondaba en los alrededores.

IV

Para embalar la imagen, que tu abandono prosiga.
Cuida que los escondrijos de tu espejo no delaten los ojos que, antes que tú, te miran.
Déjate continuar por la resistencia de tu rostro a empañarse,
aguas abajo encontrarás otro espejo.

Aguas arriba, Escila y Caribdis le pondrán comillas a tu navegación.
Apurarás el agua que sobra en el cristal,
jugarás a que eres el océano y dejarás que la brújula se mueva en tus palabras como
un pequeño y torpe insecto.

Así la araña tejerá la imagen que le pondrá ajuar a tu espera,
a la ausencia de un cuerpo cuya peso hará lecho en tu imaginación.
Así la telaraña que existe en el fondo de cada espejo atraerá a ese sueño que conver-
tido en mosca,
vuela frente a tus ojos, revelándote.

Te hilarás en los reflejos como quien tiene el hilo de Ariadna en las manos,
se moverá el viento allí mismo como encajonado,
y siempre será otro el que aparezca, otro el vidrioso, otro el que transparente te
prosiga.

V

La imaginación no es siempre el más aconsejable espejo donde mirarse,
donde cruzar a la otra orilla,
y estar al mismo tiempo en el sitio que nos hemos fijado,
en la cita puntual con nuestra propia mirada.

Colocarnos allí como para aprender nuevo idioma, conversación galante con las
aguas del río,
vigilando, como sin querer, el momento del salto de la gacela ensombreciendo la
infancia,
o el salto a tiempo para escapar, que nos coloca en la lancha que ya despegaba del
muelle.

El espejo no es siempre la imaginación,
pero es un buen camino para salir al encuentro de lo desconocido,
o sea es un camino gobernado por el salto intempestivo de la gacela, que vuelve a
desaparecer en la maleza.

Y no importa si entonces un nuevo personaje aparece en la terraza de lo que hemos
dado en llamar la casa abandonada.
No importa si esas puertas-vidrieras que dan a la terraza rechinan al ser forzadas.

Lo que llamamos el regreso, puede ser el rumor de la lancha alejándose, después de nuestro salto para colocarnos en ella.

Permitir entonces que todo tome su forma antigua, significa terminar, dejando que en nuestra respiración esas puertas-vidrieras se cierren para siempre, y pegado al cristal, con el rostro empañado, el personaje que no habíamos tomado en cuenta, irá perdiendo espacio pero ganando realidad, hasta convertirse en nuestro futuro cadáver.

LA VENTA

En Tabasco, casi en la desembocadura del río Tonalá, existe un lugar llamado La Venta, donde fueron encontrados los restos de altares y las cabezas monumentales de una antiquísima cultura de raíz olmeca.

Resulta inquietante que en sitio tan terriblemente inhóspito —especie de isla cercada de marisma— se hayan encontrado estos restos monumentales de roca basáltica. Es inexplicable el acarreo desde las estribaciones de la Sierra Madre del Sur —sitios donde esta roca se produce, y que sí ofrecían magníficas condiciones para vivir— de esas toneladas monolíticas de basalto por selvas y pantanos, y el porqué fueron labradas y erguidas en lugar tan extraño.

*I have heard
Laughter in the noises of beasts that make strange noises.
T. S. Eliot*

I

Era de noche cuando el mar se borró de los rostros de los naufragos como una expresión sagrada.

Era de noche cuando la espuma se alejó de la tierra como una palabra todavía no dicha por nadie.

Era la noche

y la tierra era el naufrago mayor entre todos aquellos hombres,
entre todos aquellos era la tierra
como un artificio de las aguas.

Y ahora, en los sitios no determinados ya por la razón,
en la plaza interior de la Plaza Pública,
la brisa parece procrear ese lejano olor
de animales y prisioneros flechados o ya dispuestos en las lanzas
o conducidos a la presencia de la mano que ordena y señala, sostenida por sus anillos
y pulseras,
desde los sitios básicos del poder: necesidad y crimen.

¿En dónde están los hombres que dieron este grito de batalla y este grito de sueño?
¿Dónde están aquellos que condujeron la palabra
y fueron llevados por ella al sitio de la oración y a la materia del silencio?

Carencia fluctuando entre la piedra y la mano que va a producir en ella la sospecha
de su alma;

habitante sombrío enmudecido bajo tus obras, condúceme al himno disperso que
flota ceniciento entre la podredumbre de las hojas.

Unta cada palabra mía con cada silencio tuyo, mas no nos ciegue el chispazo de este
mutuo lenguaje,

para que así los muertos asomen la mirada entre las brasas de lo dicho
y la frase se encorve por el peso del tiempo.

II

Jugó la selva con el mar como un cachorro con su madre,
bostezó el día entre los senos de la noche,
en su acción de posarse buscó alimento la palabra,
sonó el acto en su propio vacío
como una dolorosa constancia de fuerza que el sueño del hombre no pudo medir.

Ahora juega la tarde un momento con los islotes de jacintos antes de abandonarlos
y el aire es todavía un venado asustado.
El sol es una mirada que se va devorando a sí misma,
todo jadea de un sitio a otro
y la hojarasca cruje en el corazón de aquel que al caminar la va pisando.

Un pez está inmóvil bajo el peso de su respiración,
bajo la dura luz poniente fluyen las grandes aguas color chocolate,
sobre un tronco caído, una iguana
fluye succionada por otro tiempo, pero está inmóvil, no hay fuga en sus ojos más
fijos que la profundidad del mar,
y el movimiento que la rodea es lo que petrifica sus señales.
La tempestad pesa como un dios que haciéndose visible,
una bandada de truenos cruza el cielo,
la luz se está pudriendo; ya no quedan designios,
nadie escucha en la piedra los sonidos humanos donde la piedra ganó raíz de carne,
nadie se desgarrá con esa soberbia del mineral que tiene a la memoria cogida por el
cuello.

Todo parece dormir igual que un dios que se torna de nuevo visible
detrás de este tiempo, donde ahora se balancean y crujen
las ramas de los árboles.

Herid la verdad, buscad en vuestra saliva la causa de aquel y de este silencio,
pulid esta soberbia con vuestros propios dientes;
de nuevo la lanza en la mano del joven,
de nuevo la arcilla bajo la instrucción de la mano volviéndose al sueño y al uso del
sueño,
de nuevo la escultura bebiéndose el alma,
de nuevo la doncella acariciada por la mano del anciano sacerdote,
de nuevo las frases de triunfo en los labios del vencedor
y en su voz el estremecimiento de su codicia y sobre sus hombros el manto de su raza.

Pero ya nada responde.

La selva transcurre vendada de lluvia,
todo yace enterrado en las grandes cabezas de piedra,
todo yace ubicado en el ciego peso de la piedra;

en ese rostro congestionado de feroz ironía, en el fondo de ese rostro de donde parece surgir, igual que una burbuja de aire de otro que respira allá dentro, ese sonrisa que sube a viajar quién sabe hacia dónde entre el negror de los labios...

Todo está igual que el primer día sin embargo;
la selva lo acecha todo, su velocidad tiene forma de pozo,
hay muertes en espiral abasteciendo su mesa.

Todo está igual que el último día sin embargo,
la flor del maculí como una boca violenta y roja suspendida en el aire caliente,
la ceiba enorme atrapada por la fijeza de su fuerza,
y por las noches, entre el zumbido de los insectos, el olor dulzón y tibio de los racimos de flores del jobo,
y entre las ramas de los polvorientos arbustos, el olor lejano del hueledenoché.

Pero todo está detenido,
todo está detenido entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.

Pero nada está detenido,
todo está deslizándose entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.

Ciudad desordenada por la selva;
la serpiente rodeando su ración de muerte nocturna,
el paso del jaguar sobre la hojarasca,
el crujido, el temblor, el animal manchado por la muerte,
la angustia del mono cuyo grito se petrifica en nuestro corazón
como una turbia estatua que ya no habrá de abandonarnos nunca.

¿Quién escucha ese sueño por las hendiduras de sus propios muertos?

La fuerza de la lluvia parece crecer de esas piedras, de allí parece la noche levantar
el rostro salpicado de criaturas invisibles,
de ese sitio que ha retornado al tiempo vegetal, al ir y venir de la hierba.

Nada descansa pero todo duerme; lo que se pudre, inventa.

Esta doncella aún no concedida al placer,

aquellos ojos seniles que ruedan en su propia fijeza, a semejanza de un desterrado de
sus recuerdos;

los consejeros del rey, los vencedores del tiburón,

los que sujetando al vencido con una soga al cuello, posaron sentados bajo el friso
de los altares de piedra,

asentando sus cuerpos rechonchos en el interior de una concha de poder.

Nube de tábanos y de grandes y gordas moscas de alas azules

rezumbando sobre la cabeza del predicador, sobre la boca del poeta,

sobre el manto estriado por la sangre de los esclavos;

una corona de tábanos y moscas sobre el nombramiento del mundo.

Todo duerme, todo se nutre de su propio abandono,

en el centro de la inmovilidad reside el verdadero movimiento.

El poder de la selva y el poder de la lluvia,
la garra del inmenso verano posada sobre el pecho de la tierra,
el pantano como una bestia dormida en los alrededores del sol;
todo come aquí su tajo de destrucción y delirio,
la luz se hace negra al quemarse a sí misma,
el cielo responde roncamente, el rayo cae como todo ángel vencido.

Mirad las cabezas de piedra bajo la lluvia
o bajo el hacha deslumbrante del sol como un verdugo embozado en oro.
Mirad los rostros de piedra en el campamento de la noche,
en la descomposición de la gloria, en la soledad de la primera pregunta y en su re-
torno después de la segunda.

Mirad las cabezas de piedra,
máscaras que ocultan su clave divina, su organismo atajado por el silencio.
Mirad los rostros de piedra junto a la boca impía del pantano.

Aquí están,
aquí donde no representan ni señalan.

Aquí los triunfadores y los esclavos y el gemido del anciano y la primera sangre de
la doncella
están ya confundidos en una sola masa, en un solo bocado que mastica la piedra
indefinidamente.

Piedra caída en el agujero del sueño no por su propio peso
sino por el peso que la realidad obtuvo del sueño.

¿Cuándo hizo la vida ese gesto poderoso?

¿De quién fue esa boca a cuya sonrisa una araña se mezcla minuciosamente?

¿Ante quién hizo la vida esta mirada hoy muerta? ¿Qué ojos humanos la llevaron a
ese término?

Este es el rostro, éste es el cuerpo,

la carne que se hizo piedra para que la piedra tuviera un espejo de carne.
Animada por un soplo de piedra, la imagen de la piedra le dio nuevo peso a la carne;
y así se oye el peso de otro silencio y el peso de otra imagen en la actitud inmóvil
del caimán;

aquí está la piedra despuntando en la carne,

aquí está muerte eructando la piedra mientras hace la digestión de la imagen.

La piedra, la piedra, la piedra,

la piedra siempre agazapada

al final de todos los gestos de la carne del hombre.

III

Rompe el porvenir sus diques de estatuas,

lama que se extiende como un hormiguero verdinegro sobre la sapiencia de los alta-
res devastados,

en el salitre de los muros derruidos aparecen la sombra y el olor de la bestia,

entre el cieno de las inundaciones
los pejelagartos vuelven estúpidamente la cabeza hacia la eternidad
y comen bajo el brillo del sol en sus costados negros.

Nadie pasa, nadie sigue adelante en el reino de tanto movimiento, en la basura de
tanta vida, en la creación de tanta muerte.

Dioses dispersos entre las altas yerbas,
restos divinos de un festín humano bajo las hojas enormes del quequeste.
Ya no quedan palabras ni flechas ni la percusión de las maderas,
ni llamados de caracol ni brillo de puntas de lanzas,
sólo estas cabezas como flores monstruosas, erupciones
oscuras y apagadas.

Ahora la verdad aparece con el zopilote,
sus alas negras baten como una lengua negra sobre el silencio de las cabezas de piedra,
y en el ruido de ese aleteo
aparece el nuevo lenguaje,
las frases de la carroña al quitarse su máscara de esclava.

Llueve
y la lluvia es el mito sangrante y blanco de todos los dioses muertos.
El agua escurre sobre las negras cabezas como una palabra perdida de lo que dice,
y después de la lluvia
los pájaros caminan otra vez por el cielo como vigías olvidados,
mientras se abren las puertas del amanecer
con un rechinar de goznes enmohecidos.

IV

Se abre la noche como un gran libro sobre el mar.
Esta noche
las olas frotan suavemente su lomo contra la playa
igual que una manada de bestias todavía puras.

Se abre la noche como un gran libro ilegible sobre la selva.
Los hombres muertos caminan esparcidos en los hombres vivos,
los hombres vivos sueñan apoyando las sienes en los hombres muertos
y el sueño contamina de piedra a sus imágenes.

Se abre la noche sobre ustedes, cabezas de piedra que duermen como una advertencia.

Se detiene la luna sobre el pantano,
gimen los monos.

Allá, a lo lejos, el mar merodea en su destierro, esperando la hora
de su invencible tarea.

EL PEQUEÑO CESAR

Te detuviste a desear aquello que mirabas,
te detuviste a inventar aquello que mirabas,
pero no estabas detenido, lo que mirabas agitaba tu propio pañuelo,
hacía tus señas desde su lejanía.

Algo de eso comprendiste;
los muelles, los sitios donde la sal es una ciega sentada en el alma,
los sitios donde la espuma roe la base de todo
con sus pequeños dientes parecidos a la arena de lo que se olvida,
los sitios donde las viejas anclas y los motores de barcazas vencidas
se oxidan cagados por las gaviotas y los pelícanos,
los pequeños tumultos blancos donde la paz y el movimiento entrelazan sus redes
a la usanza del mar,
los sitios menos frecuentados de las playas,
los paisajes que te rodeaban sin que supieras exactamente a qué distancia de tu ima-
ginación,
a qué distancia de tus argumentos más íntimos.

Hay un cielo de navíos que los ojos contemplan desde abajo de las lágrimas,
desde donde la mirada se queda sin respiración,
sin oxígeno para saber qué mira todavía y qué ha dejado de mirar.

Una eternidad que cualquiera diría gastada por el uso,
manoseada por los muertos, ablandada por la queja de los enfermos, tocada por las
lágrimas,
una tarde que se va hundiendo como un barco
en cierto paisaje tuyo.

Algo de eso comprendiste,
desconfiabas de tu deseo, pero era tu saliva la que brillaba en los dientes de tu deseo,
eras tú esa masa pastosa que alguien masticaba
pero que iba siempre a parar a tu estómago,
era tuya la mano con que te decían adiós
y era tuyo el pañuelo.

Por eso en mitad de la noche has vacilado,
has oído a los árboles perderse en sus ramas,
has sentido al viento quedarse quieto de pronto, como en acecho de algo, entre los
pliegues de la cortina,
has oído a los muertos reírse en sus agujeros imitando a los topos,
has descubierto que un día vestido de mayordomo, el olvido vendrá a anunciarte
que ya está servida la mesa,

y sin quererlo tú, esa noche cenarás con apetito y al final, dejando la servilleta sobre
la mesa,
elogiarás complacido el menú...

Todas las luchas libradas en el océano brillan en esa lámpara que acabas de encender,
en esas aguas donde el horizonte desarrolla su instinto de montaña,
allá donde el cielo parece dormitar entre sus mandíbulas de abismo.

Puedes romper las cartas de aquella que amaste,
puedes hacer que el olvido, tu extraño servidor, entre al pasado, los sorprenda jun-
tos a ti y a ella
y allí los atrape,
puedes fingir que eres la ropa que te quitaste, la frase que escribiste,
el número telefónico que te buscas en el bolsillo, la dirección que no aciertas a dar.

Puedes fingir que estás fingiendo, puedes simular que eres tú,
que es tu deseo y no tu olvido tu verdadero cómplice, que tu olvido es el invitado
que envenenaste
la noche que cenaron juntos.
Puedes decir lo que quieras, eso será la verdad
aunque no puedas ni puedan tocarla.

Alzas tu lámpara y lo que fuiste parpadea en aquello que estás siendo,
también tu libertad te tiene entre sus manos.

Quisieras llorar porque la eternidad navega como una muerta,
masticas despacio tu bocado de alma, tu rebanada de ideología, tus órganos para
conmoverte,
tomas la servilleta y te limpias la boca,
distráidamente miras la antigua mancha de vino en el mantel...

Quisieras llorar porque la noche es un árbol que no podemos sacudir con las manos
para que caigan los frutos deseados;
todo pasa mientras terminas de comer, mientras doblas la servilleta de nuevo,
y tu lámpara ilumina para ti la espuma que el tiempo deja en lo alto de las ruinas,
en todos los sitios que no han resistido el oleaje del hierro, la embestida de los dis-
cursos triunfales.

En mitad de la noche algo tiembla, en mitad de la noche te oyes hacia arriba
como quien se despierta por el ruido de la lluvia,
en mitad de la noche te oyes hacia abajo como quien se despierta
por el ruido de la muerte.

Y no quieres ser cómplice de los dormidos, no quieres ser cómplice de los muertos,
no quieres ser traspasado por tus lágrimas, humedecerte como un trapo sucio,
entonces, ¿quién eres tú?

Tal vez te gustaría ser el custodio de los reinos que la carroña acecha,

tal vez te gustaría tomar tu deseo, levantarlo convertido en el deseo del mundo, en la base del mundo.

Algo de eso comprendiste y vacilas,
y tu vacilación te afianza en el mundo, te da vientos para navegar, uñas para clavarlas,
te invita a subir al puente de mando.

Pero aún vacilas, tal vez ese traje de marinero no es el tuyo,
pero ya es tarde, pero aún vacilas, pero ya es tarde,
intentas despedirte de alguien,
pero la mano con que deseas decir adiós
también se va quedando atrás, y ya no puedes alcanzarla aunque te inclines hacia ella
con todo tu cuerpo, con toda tu duda de no inclinarte lo suficiente.

¿Qué cosa es tu cuerpo? ¿Qué cosa es tu lámpara?

¿Qué cosa es no inclinarse lo suficiente?

¿Significa todo esto decir adiós?

Hablabas de un deseo y también de un olvido,
hablabas de las cartas de una mujer, no se sabe si las rompiste,
no se sabe si te olvidaste de ella, si alguna tarde caminaste pensándolo,
también hablabas de una lámpara,
y de un pañuelo
o de un barco...

Hablabas de algo así, no recuerdas cómo.

JOSE CARLOS BECERRA nació el 21 de mayo de 1936 en Villahermosa, Tabasco, Méjico, y falleció el 27 de mayo de 1970 en Brindisi, sur de Italia, en un accidente automovilístico cuando se dirigía al trasbordador que lo conduciría a Grecia. Era arquitecto, profesión que abandonó por la poesía. En vida publicó dos libros: Oscura



Becerra (Foto: R. Salazar)

palabra, editado por Juan José Arreola (Méjico: Ediciones Mester, 1967, 16 páginas, 100 ejemplares) y Relación de los hechos (Méjico: Era, 1967, 130 páginas, 1000 ejemplares). A su muerte dejó tres libros de poesía inconclusos: La Venta, Fiestas de invierno y Cómo retrasar la aparición de las hormigas, y su único libro en prosa, Fotografía junto a un tulipán. Estos libros, más varios poemas de los que se encontraron borradores, fueron recopilados y ordenados por José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid para la edición de Era (1973) titulada El otoño recorre las islas. Los poemas "Ragtime" y "El pequeño César" pertenecen al libro Relación de los hechos; "Batman", "El Halcón Maltés", "Preparativos..." y "La Venta", pertenecen al libro que lleva el título de este último poema; y "Exploraciones" a Fiestas de invierno. Agradecemos a la Distribuidora Catálogos su autorización para la reproducción de estos poemas.